

¡POBRE MADRE!!!

DRAMA EN CINCO ACTOS

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO EN DOS CUADROS;

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR DON MANUEL ANGELON.

Representado por primera vez en el Teatro Principal de Barcelona el 28 de octubre de 1852.

Precio 6 rs. vn.

BARCELONA:
IMPRENTA DE PONS Y C.ª, CALLE DE COPONS, N.º 4.

1853.

¡POBRE MADRE!!!

DRAMA EN CINCO ACTOS

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO EN DOS CUADROS;

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR DON MANUEL ANGELON.

Representado por primera vez en el Teatro Principal de Barcelona el 28 de octubre de 1852.

BARCELONA:
Imprenta de Pons y C.ª, calle de Copons, n.º 4.

1853.

A LOS ACTORES DEL TEATRO PRINCIPAL

DE BARCELONA, QUE ESTRENARON ESTE DRAMA.

El éxito de esta produccion á VV. que no á mi trabajo se debe. Dedicándole á VV. no hago mas que atribuir á cada uno lo que es suyo; á VV. el mérito, á mí la gratitud.

Barcelona 15 *de diciembre de* 1852.

MANUEL ANGELON.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANTONIO BERNARD. . .	D. José Castelló.
MARIANA..	D.ª Carlota Jimenez.
ELENA.	D.ª Paulina Andrés.
MAD. MULLER.	D.ª Emilia Danzan.
CARLOTA..	D.ª María Espinosa.
LUISA.	D.ª Matilde Rosales.
UNA MUJER.	D.ª N. Belaval.
VÍCTOR DE SAINT-ANDRÉ.	D. Joaquin G. Parreño.
EDGARDO..	D. Manuel G. Muñoz.
GASTON..	D. Manuel Tormos.
MARTIAL.	D. Pedro Pascual Caballero.
BELAVOINE..	D. N. Fochs.
UN VIAJERO (EL BARON DE TOURVILLE). . . .	D. Miguel Ibañez.
FRITZ.	D. Fernando Cuello.
UN AYUDA DE CÁMARA.	D. N. Suñer.

Soldados franceses.—Mujeres del pueblo.—Damas.—Caballeros.

¡POBRE MADRE!!!

PRÓLOGO.

CUADRO PRIMERO.

Campamento inmediato á la aldea de Wimpfenn iluminado por los fuegos del vivac. Armas en pabellones, cajas de guerra, etc.

ESCENA PRIMERA.

MARTIAL. BELAVOINE. SOLDADOS, *(luego)* BERNARD.

(Martial y Belavoine disputando sable en mano. Los soldados forman grupos al rededor.)

BELAVOINE. ¿Esto es decir que te pertenece la hermosura que estamos aguardando?

MARTIAL. Cabal, que me la adjudico.

BELAVOINE. Pues ten entendido que en el ejército del Sambre y Meuse no se consienten los monopolios.

MARTIAL. Es muy posible, pero sí las conquistas y los conquistadores.

BELAVOINE. En fin, esta es una cuestion que podremos decidir á sablazos.

MARTIAL. Como quieras; así como así no conozco mejores argumentos.

BELAVOINE *(con tono desdeñoso)*. Tambor mayor, á fe que me da lástima tener que destruir tu majestuoso físico.

MARTIAL *(en el mismo tono y apartando á los soldados)*. Plaza, camaradas, plaza, y preparaos para conducir en triunfo al lindo caporal Belavoine.

(Martial y Belavoine se ponen en guardia, sale Bernard con el fusil á discrecion y metiéndose entre los combatientes descansa el arma con fuerza.)

BERNARD. ¿Qué es esto? ¿En tales juegos pasa el tiempo el ejército de la orilla del Rhin? ¿Estais á sueldo del emperador de Austria para confeccionar inválidos en el ejército francés?

MARTIAL. Silencio, la galería no está en el uso de la palabra.

BERNARD. ¡La galería!!... Vaya una salida! Es que yo no soy de la galería. Acabo de llegar al campamento y necesito descansar despues de una jornada como la que me he llevado, *(siéntase en una caja, y se enjuga el sudor)*. Están los caminos que abrasan. Se conoce que Dios tiene de balde los combustibles.

MARTIAL. En efecto; tú no eres de los nuestros..... tu fisonomía me es desconocida.....

BERNARD *(levantándose)*. Tengo el honor de presentaros al sargento Antonio Bernard. ¿No habeis oido hablar nunca de él? Es muy posible. Pero descuidad, que no pasará mucho tiempo sin que se le consagren algunas líneas en el Boletin del ejército.

MARTIAL. ¿Y de donde te descuelgas ahora?

BERNARD. De Zurich, cuyos muros asaltamos con mis camaradas. De vuelta y para darnos un rato de descanso, nos han enviado aquí, á fin de que os ayudemos á recoger algunas banderas con que adornar el cuarto tocador de la república francesa.

BELAVOINE. Verdad es, el general estaba aguardando refuerzo.

BERNARD. Y el general en jefe le manda la brigada 32 de la cual teneis delante un retazo. *(Movimiento de sorpresa.)* Negocios de familia han hecho que me adelantára á la compañía. Pero por lo visto estabais en una conversacion algo animada, y yo no trato de incomodar á nadie. *(Siéntase de nuevo.)*

MARTIAL *(provocando á Belavoine)*. Volvamos á ello pues.

BERNARD. ¿De qué se trata?

MARTIAL. Se trata de una mujer.

BERNARD. ¿Que amais los dos á un mismo tiempo?

MARTIAL. Precisamente amarla, todavía no; porque ni uno ni otro la conocemos.

BERNARD. Entonces ¿os batís de antemano por amores futuros?

BELAVOINE. Para esto es necesario que entiendas, sargento de la 32, que no bien llegada á la compañía, el lindo Martial aquí presente me ha soplado nuestra antigua cantinera.

MARTIAL. Esta es una de mis prerogativas de tambor mayor. Pero no se trate de ella, porque está ya fuera de concurso.

BELAVOINE. Pero como estamos aguardando otra nueva cantinera.....

MARTIAL. Cierto; por esto mi llama amorosa vuelve á prender de nuevo..... Continuo en el uso de mi derecho. Y como la fama que la precede nos ha pintado á la vivandera de la 32 como una Vénus por su belleza, yo trato de proclamarme su dios Marte. ¿Comprendes la alegoría, sargento?

BERNARD. Mucho. ¿Con que es por Mariana que os ibais á batir?

BELAVOINE. Cabal. Es Mariana que íbamos á jugarnos á sablazos. Un juego como cualquier otro.

MARTIAL *(á Bernard)*. Vencedor de Zurich, te elegimos para juez del campo.

BERNARD. Permitidme antes: si quisierais seguir el consejo de un amigo.....

BELAVOINE. ¿Qué haríamos?

BERNARD. Volveriais los sables á la vaina.

MARTIAL. ¡Bah!

BERNARD. No hay bah! que valga, porque yo puedo arreglar pacíficamente esta cuestion.

BELAVOINE. ¿Cómo?

BERNARD. En muy pocas palabras. La mujer que os estais disputando no será del uno ni del otro.

BELAVOINE. ¿Por qué?

BERNARD. Porque á la fecha es mia, y por ahora trato de guardármela.

BELAVOINE. Diantre; ¿es tu querida?

BERNARD. Algo mas que esto.

MARTIAL. ¿Es acaso tu mujer?

BERNARD. Es... es la madre de mi hijo.

MARTIAL. Comprendo..... Una conquista de regimiento.

BERNARD. Nada de esto, camaradas: Mariana es huérfana, y de muy niña fué recogida por su tio, cura de nuestra aldea, en cuya iglesia ejercia yo las funciones de monacillo.

MARTIAL *(riendo)*. ¡Un sargento de la 32 ex-monacillo! *(los soldados rien)*.

BERNARD. Y bien? sí, señores, monacillo. Yo comencé por servir á Dios, lo cual no impide servir mas tarde á la patria. En mi aldea ví crecer dia por dia á Mariana, nos amábamos con angelical cariño, y ya iba á hacerla mi esposa cuando estalló la revolucion. El bueno de su tio que habia envejecido en las antiguas ideas, nunca pudo avenirse al nuevo órden de gobierno.

MARTIAL *(chanceándose)*. Es claro; como que entonces quemamos todos los libros que nos venian á manos escritos en latin.

BERNARD. Este trastorno le costó la vida. Un dia me llamó á su casa, Mariana tenia abrazado al anciano del cual iba á separarse para siempre. «Bernard, me dijo el infeliz señalando á su sobrina; solo le quedas tú en el mundo: consuélala, protégela, vela sin cesar por ella; pero ten cuidado con lo que voy á decirte; no contraigais matrimonio mientras dure la persecucion que pesa sobre la Iglesia..... Moriré tranquilo si me prometeis no hacer bendecir vuestra union hasta tanto que el arrepentimiento de los hombres reedifique los altares que en su impiedad han derribado.» Mariana é yo jurámosle cumplir su última voluntad, y el anciano sacerdote murió estrechándonos entre sus brazos. Algunos dias despues la

voz de la patria me llamó á las filas del ejército; entonces comprendí que era imposible velar á un mismo tiempo por la patria y por Mariana, si esta quedaba en nuestra aldea, y la suerte me deparaba léjos de Francia. El dia de la partida se acercaba y no podia resolverme á dejarla sola. En esta dificultad, Mariana se vino á mí, diciéndome: pues bien; partamos juntos, yo me siento con fuerzas para seguirte, con valor para morir á tu lado.—Partimos en efecto, y nunca se ha separado de mí: cuantas fatigas, privaciones y peligros he sufrido, todo lo ha partido conmigo, sin que en su valerosa resignacion haya salido una queja de sus labios.

MARTIAL *(con entusiasmo)*. Bien por Mariana.

BERNARD. Cuando partimos de nuestra aldea, llamábame su hermano; pero mas tarde... en fin, las iglesias no se han reedificado todavía, y yo tengo de Mariana un hijo que va á cumplir tres años. Es muy probable que nuestra conducta no haya sido del todo conforme con la voluntad del anciano sacerdote que nos suplicó difiriéramos nuestro enlace..... No importa; vosotros, camaradas, ya sabeis por que razon Mariana que ha dejado de ser mi hermana, no es todavía mi legitima mujer. No obstante me prometo de vosotros todo aquello que tengo derecho á esperar de mis camaradas, es decir, respeto, buena amistad y proteccion.

BELAVOINE. Convenido, se la protegerá.

MARTIAL. Se la respetará.

BERNARD. Cuento con ello: ya vereis que Mariana sabe merecer vuestra estimacion.

MARTIAL. Yo os la concedo á entera perpetuidad y usufruto y no tengais mas celos que si nunca me hubieseis oido hablar de ella.

BERNARD. Mariana, amigos mios, es la providencia del soldado; en marcha siempre hay en su carro un puesto para el infeliz fatigado del camino, y un trago de vino en su botijo para el camarada que tiene

la bolsa tan enjuta como el gaznate. Y cuando llega la hora del combate, cuando la pólvora oscurece la atmósfera, cuando el aire se puebla de balas, allí la encontrareis socorríendo á nuestros heridos, y la que enseña á los demás el camino, la primera en llegar junto al moribundo, siempre es ella, siempre es Mariana.

BELAVOINE. Demonio; ardo ya en deseos de verla.

MARTIAL. Ardemos todos... Si esto es un incendio general.

BERNARD *(escuchando)*. Callad... creo oir el ruido de su carro... sí, sí, hela que llega.

MARTIAL. Camaradas, propongo una acogida militar para la vivandera.

BELAVOINE. Aprobado.

MARTIAL. A las cajas, tambores.

BELAVOINE. Peloton, firmes, armas al hombro. *(Martial empuña su baston, y á una señal los tambores baten marcha, y los soldados presentan las armas. Aparece Mariana conduciendo un pequeño carro.)*

ESCENA II.

DICHOS. MARIANA.

TODOS. Viva la vivandera de la 32.

MARIANA *(saludando militarmente)*. Salud á los valientes de Sambre y Meuse.

BELAVOINE *(á Martial)*. Canario y con la vivandera.

MARTIAL *(á Belavoine)*. No me hables de ella, que ha prendido en mi corazon un castillo de fuegos artificiales.

MARIANA. Gracias, amigos mios, gracias por vuestra galante acogida: pero cuidado que estos honores no están consignados en la ordenanza.

MARTIAL. No precisamente, pero la ordenanza no tiene artículo ninguno que trate de las mujeres en general, y de las vivanderas en particular. *(ap.)* Cuerpo de Cristo, ¡y qué mujer tan linda!

BERNARD. Mariana, esta galantería está pidiendo recompensa. Yo he obtenido licencia de mi teniente para venir á ayudarte en tu instalacion, y es necesario que estos camaradas conozcan en algo nuestra llegada.

MARIANA *(sacando vasos de un cesto)*. Con mucho gusto. Amigos mios, el corazon es quien brinda y podeis creer que la mano no se cansará de escanciar *(echa vino á los soldados)*.

MARTIAL. *(ap.)* Esta mujer es demasiado amable; de fijo va á ser causa de algun disgusto.

BERNARD *(á Mariana)*. ¿Como? ¿y á mí? ¿á mí no se me da nada?

MARIANA. Aguarda, voy en busca de tu parte; ya sabes que siempre es la mejor *(vuelve al carro, saca un niño de tres años y lo deposita en brazos de Bernard)*. Mírala.

BERNARD *(abrazándole)*. ¡Mi hijo! ¡mi Victor! Camaradas, os presento á un futuro granadero.

MARTIAL. Es lindo como su madre: un brindis á su salud.

MARIANA. Con mil amores.

MARTIAL. *(ap.)* Decididamente está visto que esta mujer ha de hacerme perder los estribos

BERNARD *(que se ha sentado con su hijo en las rodillas)*. Cuando pienso que este tesoro es mio, cuando me figuro que un dia vestirá el uniforme y retorcerá sus bigotes y brillará en sus ojos el fuego de la victoria, abrasando el corazon de cuantas mujeres le vean..... ¡Oh! me le comeria á caricias *(abrázale con efusion)*.

MARIANA *(á Bernard)*. Cuidado; mira que vas á sofocarle.

BERNARD *(cambiando de tono)*. No, Mariana; este niño no ha de ser el hijo de un simple sargento.

MARIANA. ¿Qué es lo que estás diciendo?

BERNARD *(con tono decidido)*. Digo que su padre ha de ser general y que lo será... que lo será por tí, por él, porque tú y él sois cuanto amo en la tierra *(abraza á Mariana)*.

MARTIAL (*estaba en actitud reflexiva y se adelanta hácia Bernard)*. Con permiso : quisiera...

MARIANA. Vos le teneis : ¿os hace falta alguna cosa?

MARTIAL. Quisiera preveniros de un peligro, que nos amenaza á todos.

MARIANA. ¿Un peligro?

MARTIAL. Escuchad, Mariana... Teneis unos ojos y una figura y unas maneras y sobre todo un vino..... en fin, reasumiendo, es necesario casaros, y hoy mejor que mañana.

MARIANA. ¿Casarnos?

BERNARD. Pero, camarada ; tú sabes ya...

MARTIAL. Lo que yo sé, es que el ejército de Sambre y Meuse tiene en gran veneracion al matrimonio. Antes que faltar á la legítima de un camarada, dejaríamos todos que nos hicieran pedazos. Pero tambien sé que mientras la union no es auténtica y reconocida en las filas, no hay persona sagrada ni esperanza desesperada. Por todo lo que, creedme, seguid mi consejo, llamaos Mad. Bernard, mejor hoy que mañana, mejor ahora mismo que dentro de una hora. He dicho.

BERNARD. Si esto fuera posible, yo comprometo mi palabra de que á todos os convidára hoy para mis bodas.

MARTIAL. Pues nos damos por convidados.

MARIANA *(á Bernard)*. ¿Pero y la promesa hecha á mi tio?

MARTIAL. No faltareis á ella. ¿No habeis oido hablar nunca de los matrimonios al tambor adaptados por nosotros en pro de las buenas costumbres y de la legitimidad conyugal?

BERNARD. Y si yo te pedia que pronunciáras tu fórmula sobre nosotros, ¿Mariana seria á vuestros ojos mi legítima mujer?

MARTIAL. Y de ello harán fe en este ejército y en cualquier otro los registros de la compañía. Pero procedamos en debida forma : pide primero la mano de tu mujer.

BERNARD. Mariana Duval, tengo el honor de pediros vuestra mano para el sargento Antonio Bernard, de quien os prometo que será un cumplido esposo. ¿La aceptais?

MARIANA. Con alma y vida.

MARTIAL. Corriente *(á los tambores)*. Atencion á la señal *(súbese encima de un banco)*. Acercaos, interesantes desposados.

BERNARD *(á Mariana)*. ¿Y tu ramillete de boda, Mariana?

MARIANA. ¿Mi ramillete? mira mi ramillete *(cogiendo á su hijo en brazos)*.

BELAVOINE. Hete aquí un sargento que tiene una mujer que pudiera envidiársela el general en jefe.

MARTIAL. ¿Estais dispuestos? *(suenan á lo léjos cañonazos)*.

MARIANA. ¿Óyes, Bernard? el cañon del enemigo.

MARTIAL. No hagais caso: es la campana de mi parroquia que anuncia la ceremonia. Tiernos esposos, ¿os jurais fidelidad y constancia?

BERNARD Y MARIANA. Para toda la vida. *(Martial levanta su baston y redoblan los tambores)*.

MARTIAL. ¿Lo veis todos? ¿lo oís todos? ¿lo aprobais todos? *(pausa; nueva señal de Martial)* Basta: en nombre de la república francesa, y en virtud del reglamento matrimonial del ejército, yo, Nepomuceno Cristobal Martial, os hago marido y mujer legítimamente unidos por toda la vida, en mar y tierra. Salud á los novios, viva el matrimonio.

TODOS. Viva. *(Redoble prolongado de tambores)*

MARTIAL. Esto es hecho, hijos mios; este nudo ya no puede desatarse. *(Baja del banco; continua oyéndose el ruido del cañon; luego el de la fusilería.)*

BERNARD. Diablo; parece que la cosa va calentándose. *(Oyese tocar paso de ataque.)*

MARTIAL. Sargento Bernard, la ceremonia de tus bodas será completa; he aquí que ya empieza el baile.

BERNARD. Al cuartel, camaradas. ¡Mariana, el enemigo

escondido en estos bosques ha sorprendido el campamento *(mirando por entre los bastidores)*; sí, á cien pasos de aquí es el fuego *(volviendo á Mariana)*. Esposa mia, guarécete en la vecina aldea.

MARIANA. Bernard, amigo mio...

BERNARD. Cuida mientras tanto de nuestro hijo. Luego que sea dable, vendré en tu busca *(abraza á Mariana, besa á su hijo, y se dirige á los soldados)*. Camaradas, carga á los austriacos, paso de ataque; viva la república francesa *(vánse todos, escepto Mariana)*.

ESCENA III.

MARIANA.

Bernard tiene razon: desde aquí oigo silbar las balas y clavarse en los vecinos árboles. ¡Ah! voy á guarecer del peligro á mi pobre Victor *(colócale en la carreta)*. Veamos si estos caminos ofrecen seguridad para poder llegar á la vecina aldea *(va á mirar en la direccion que ha tomado Bernard, en cuyo momento óyese un cañonazo mas cercano y como si la bala hubiera dado en la carreta, salta toda la parte superior. Mariana da un grito)*. ¡Ah! ¡desgraciada! ¡Mi hijo!!! *(Va á la carreta y saca á su hijo salvo.)* ¡Gracias, gracias, Dios mio! El proyectil ha respetado su vida! Llegar hasta la aldea es enteramente imposible: el enemigo la ocupa y los franceses la atacan... ¿Qué hacer? ¡Oh! Corramos á este bosque, quizás en él encuentre un lugar seguro donde defender á mi hijo *(vase)*.

ESCENA IV.

UN VIAJERO.

Merced á la confusion producida por el combate he podido atravesar las filas del ejército francés sin ser

reconocido. Ya ha sido suerte... Si el general, cuyo caballo me ha rozado, hubiera fijado la vista en mí, indudablemente me sacrificára en aras de la patria y de las órdenes espedidas por el general en jefe..... Pero gracias á Dios debo estar ya junto a la frontera y como pueda sacar un pasaporte cualquiera de las autoridades alemanas... Si el cielo hiciese que mis compatriotas fueran derrotados en este ataque..... Estos flemáticos burgomaestres pasarian por cualquier cuento que les refiriera. Por fortuna antes de abandonar la Italia, pude realizar en billetes y letras los fondos que recibiera del gobierno para atender á las provisiones del ejército. Pero esta suma ha disminuido notablemente, á este paso apenas me quedará el dinero necesario para llegar á la frontera y vivir un año en pais estranjero..... Y yo que me llevé de Italia un tesoro, un verdadero tesoro. Ya se ve: tres meses de vagar solo, corriendo por entre las filas de mis enemigos, comprando á peso de oro el que unos no vieran, que no habláran otros. Dichoso al fin que he podido escapar á sus manos. Para mí todo ejército es enemigo. Los alemanes porque soy francés, los franceses porque he abandonado su campo con notable sentimiento de todos.... *(Pausa.)* Pensemos un rato en nuestra verdadera situacion. ¿Donde estoy? No lo sé. ¿Adonde voy? Lo ignoro. ¿Quién me libertará de los peligros que me rodean? El oro que aun me queda. Mi itinerario me señalaba á Kerbach como término de mi jornada de hoy... Pero estraviado por estos caminos ¿quién me dice donde está Kerbach, ni si se halla cerca ó léjos? Y á todo esto el fuego sigue empeñado á cien pasos de aquí; este sitio no es seguro. Los franceses que se baten firmes en su puesto, pueden ser obligados á retroceder y entonces me envuelven en su retirada. La tercera parte de lo que poseo daria por un guia que me condujera hasta Kerbach. De aquí á la frontera es un paso... Oigo ruido del lado opues-

to : unas mujeres vienen huyendo hácia este sitio. Quizás puedan darme alguna instruccion útil.

ESCENA V.

EL VIAJERO. CARLOTA. LUISA. MUJERES.

El viajero. Decidme, buenas mujeres, alguna de vosotras podria indicarme hácia que lado se encuentra la aldea de Kerbach?

Carlota. Demasiado que podemos indicároslo, como que de allí somos todas desgraciadamente. Pero es imposible que podais llegar allá desde este sitio.

El viajero. No será imposible si alguna de vosotras quiere guiarme, y ganarse en ello lo que no gana habitualmente en un mes.

Carlota. Querer es lo de menos. Pero repito que no llegareis allí. En primer lugar desde este sitio á Kerbach hay once leguas de mal camino y no encontrareis carruaje ni caballería para andarlas. Además ningun aleman os servirá de guia, porque antes de llegar á Kerbach tiene que atravesar por entre cien partidas y destacamentos franceses, y si como parece sois francés tampoco os aconsejaria penetrarais en Kerbach, donde los alemanes estrechados ansian vengarse de sus opresores. Por esto os dije antes era imposible llegarais hasta Kerbach.

El viajero. No obstante, yo no puedo permanecer por mas tiempo en este sitio. Quinientos francos daria al que me proporcionára un techo donde guarecerme, una cueva, aunque fuera, para ocultarme.

Luisa. ¿Oís, Carlota? Ofrece 500 fr. ¿Si estará en darlos? Decidme señor viajero ¿tanto os interesa ocultaros á la vista de los franceses?

El viajero. Mas que si fuera aleman.

Luisa. ¿Y me dareis 500 francos si os conduzco á un pueblo que no esté ocupado por el ejército francés?

EL VIAJERO. Os los doy desde el momento. *(Le da un bolsillo.)*

LUISA. Entonces, seguidme, señor viajero.

EL VIAJERO. ¿A dónde?

LUISA. A Wimpfenn. *(Vánse Luisa y el viajero.)*

ESCENA VI.

CARLOTA. MUJERES, *(luego)* MARIANA.

CARLOTA. Ved, amigas mias, ved: los franceses arrollan á nuestros defensores, los alemanes se baten en retirada y por lo que puedo colegir de sus movimientos toman el camino de Kerbach. ¡Quiera Dios puedan llegar á la aldea y defenderla de los enemigos!

UNA MUJER. Carlota, si por algun camino estraviado pudiéramos juntarnos con el ejército...

CARLOTA. Sí, debemos probarlo y llegar á nuestra aldea. aunque solo sea para presenciar su ruina. *(Cuando van á partir, sale Mariana herida, sosteniendo á Victor en sus brazos. Al verla, Carlota y las mujeres corren hácia ella.)*

MARIANA. Herida, herida cuando me hallo sola, en pais desconocido, léjos de todos mis amigos!—No puedo mas, yo muero... ¡Hijo mio! ¿Quién salvará á mi hijo?

CARLOTA. Buena mujer, dejadme á vuestro hijo: yo le defenderé.

MARIANA. Vos!

CARLOTA. Yo, sí, júroos que hasta que alguien con derecho á él me le reclame, este niño será mi hijo. Decidme como os llamais y como se llama su padre.

MARIANA. Me llamo Mariana Duval y su padre se llama Antonio Bernard, sargento de la 32.

UNA MUJER. Desde aquí distingo un peloton de caballería que parece dirigirse hácia este sitio.

MARIANA. Huid, huid; no cuideis de mí, salvad á mi Victor.

CARLOTA. Se salvará, y el que en cualquier tiempo quiera saber de su destino, me llamo Carlota y me encontrará en la aldea de Kerbach. Adios, Mariana, y el Señor os libre del peligro.

MARIANA. ¡Bendita seais, la que ha salvado á mi hijo! *(cae.)*

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Posada junto á Wimpfenn. Alcoba al fondo cerrada por cristales: junto á ella una puerta de salida: una ventana á la izquierda: puerta á la derecha. Una chimenea junto á la ventana y á un lado una mesa con una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

MAD. MULLER. UN VIAJERO.

(Mad. Muller entra por la derecha con una botella y un vaso que deja en la mesa; entreabre los cristales de la alcoba y observa á Mariana tendida en la cama. Aparece el viajero en la puerta del fondo, reconoce la escena y dice en voz baja):

VIAJERO. ¿Estais sola, Mad. Muller?

MAD. MULLER. Sí.

VIAJERO. ¿Y vuestra enferma?

MAD. MULLER. Durmiendo; podeis entrar.

VIAJERO. Mi buena señora, no sé como pagaros la hospitalidad que he recibido en vuestro meson, y de la cual no puedo abusar por mas tiempo sin comprometeros. Las noticias que acabo de recibir son de que los caminos ofrecen bastante seguridad; por lo que estoy resuelto á partir esta misma noche. Desearia no obstante poder llevar conmigo el salvo-conducto que habeis tenido la bondad de ofrecerme, y que me hace falta para esta misma tarde.

MAD. MULLER. El burgomaestre vive á dos pasos de aquí, y voy á llegarme en un salto á su casa. ¿Tendriais la bondad durante mi ausencia de reemplazarme al lado de la enferma?

VIAJERO. Con mucho gusto.

MAD. MULLER. Hasta luego pues.

ESCENA II.

EL VIAJERO *(sentándose).*

Probablemente esta buena mujer se daria menos prisa en servirme si conociera quien es el huésped que tiene en su casa. Me toma por un ilustre emigrado, y lo que es yo, de emigrado algo tengo, pero de ilustre..... si llegára á descubrir mi verdadera historia, si supiera que el noble huésped es un humilde proveedor á quien el gobierno de la república quiso hacer rendir cuentas cuando menos seguro estaba de las partidas... . Milagrosamente escapé de los agentes y pude traspasar las fronteras austriacas..... Nó obstante esta aldea de Sielsberg no me ofrece todas las seguridades. ¡Ah! ¡si hubiese podido salvar conmigo mi caja! ¡si en pais estranjero pudiera verme con algunos miles de florines, todavía no perdiera las esperanzas de hacermé millonario, pese á los curadores de la república! Pero solo, sin recursos...

ESCENA III.

EL VIAJERO. FRITZ, *(luego)* MARIANA.

FRITZ *(desde la puerta del fondo).* ¿Se puede entrar?

VIAJERO. Sí, pero habla bajo.

FRITZ. Estad tranquilo, señor viajero, que he de andar de puntillas y hablaros al oido. ¿Como sigue la enferma?

VIAJERO. Mejor, segun creo.

FRITZ. Como ayer continuaba todavía en su delirio... Figuraos que estaba tan cerca de ella como lo estoy de vos ahora, y no me reconoció á mi, á Fritz, al mozo que hace quince dias la trajo aquí desde el campamento de Wimpfenn.

MARIANA *(desde la alcoba)*. Bernard, Bernard, sálvanos, salva á tu hijo.

FRITZ. Hela aquí delirando otra vez. *(Abre la alcoba y descubre á Mariana tendida en la cama.)*

MARIANA *(levantándose)*. ¿Donde estoy? ¿quién sois vosotros?

FRITZ. Estais en Sielsberg, y yo soy Fritz, el mozo de esta posada.

MARIANA. ¿Y Bernard? ¿y Victor? ¿donde están?

FRITZ *(al viajero)*. Siempre tiene fija esta misma idea: esta mujer se habrá vuelto loca.

VIAJERO. No; no es la fiebre que la causa esta especie de delirio; es la debilidad y los esfuerzos que hace para reunir sus recuerdos.

FRITZ *(á Mariana)*. Miradme bien; ¿no os acordais de haberme visto en alguna otra parte?

MARIANA *(sentándose en la cama)*. ¿Qué sé yo?

FRITZ. Bien; no trateis de esforzar vuestra memoria; yo os ayudaré. *(Al viajero.)* Quizás contándola su propia historia..... *(A Mariana.)* Hoy hace quince dias que en Wimpfenn se batian de lo lindo franceses y austriacos.

MARIANA. ¿En Wimpfenn?

FRITZ. Sí tal. Lo que yo no puedo deciros es como os encontrabais vos en el campo de batalla; pero de todos modos ello es cierto que estabais y que habiais recibido un balazo en la espalda, que os hizo caer redonda como un cadáver. Al dia siguiente de la batalla atravesaba yo medio dormido en mi carro el camino de Wimpfenn á Sielsberg, cuando de repente observé que se paraba mi caballo. Creí al pronto que se habria encallado alguna rueda, bajé de mi asiento y allí junto encontré á una mujer al parecer difunta; cogí de la brida á mi caballo para desviarle de que pasára por encima del cuerpo de una cristiana, cuando creí oir un gemido. Agachéme para asegurarme de la verdad y percibí claramente vuestra respiracion. Dios mio, dije yo entonces, no es cosa de de-

jar abandonada á esta criatura en semejante estado... y nada, cogiéndoos en brazos os acomodé del mejor modo que pude en mi carreta. Mad. Muller, dueña de este meson del Aguila negra, á quien referí el lance, no quiso que se os condujera al hospital, antes por el contrario os acostó en su propia cama y mandó por el médico del lugar. Vuestra herida no era peligrosa y en breve se cicatrizó del todo; pero la calentura os ha causado tan gran delirio, que durante quince dias, habeis estado como escuchando sin oir y mirando sin ver. Esto es todo lo que sé de vuestra historia. Y bien, ¿os ha refrescado la memoria mi relacion?

Mariana *(levantándose)*. Siento todavía aquí *(señalando á la frente)* un peso que no puedo quitarme, delante de mis ojos hay una nube que no puedo disipar, quiero recordar lo pasado y no puedo; Dios mio, ¿me habré vuelto loca?

Fritz *(conduciéndola junto á la chimenea)*. No tengais cuidado. Aqui está este señor viajero, que es uno de esos que llaman emigrados, y que me ha asegurado que solo era la debilidad de vuestras fuérzas la que os ocasionaba este delirio.

Viajero. En efecto, creedme; la calentura desapareció del todo.

Fritz. ¿Qué tal? ¿os vuelve la memoria?

Mariana. No, no: ni de mi propio nombre me acuerdo; solo concibo así vagamente la idea de una mujer desconocida.

Fritz. Cabal, Mad. Muller: no os ha abandonado un momento.

Mariana. Sí, ya la veo... pero siempre á través de esta nube, de esta nube que no se disipa nunca..... está sentada al pié de mi cama.

Fritz. Como que os ha velado de dia y de noche.

Mariana. ¿Por qué se levanta? ¿por qué se arrodilla en un ángulo de esta sala?... Allí, allí donde hay aquella cruz... Sí, sí, la veo arrodillada, la distingo bien...

FRITZ. Y es Mad. Muller que ruega á Dios os devuelva la salud.

MARIANA. No, no ruega; toca un resorte, y se abre un secreto... El pavimento se levanta...

FRITZ. A Dios, ya vuelve á perder los estribos.

MARIANA. ¿Qué va á buscar esta mujer en este secreto?... Callad... ya lo veo, es oro.

VIAJERO. ¡Oro!

MARIANA. Sí, oro; está lleno de oro.

FRITZ. ¿Oro, Mad. Muller? Ahora sí que digo que está loca, la pobre mujer gana apenas con que mantenerse. *(Al viajero.)* Pero, caballero; vos que deciais que esta mujer estaba en su sana razon.

VIAJERO. *(Distraido ap.)* ¿Habrá por aquí algun tesoro escondido?

FRITZ. Volved en vos, amiga; recordad... *(apoya una mano en su espalda)*

MARIANA *(como lastimada)*. ¡Ah! no me toqueis aquí, me haceis daño, mucho daño.

FRITZ. Sí, perdonad, es el sitio de vuestra herida...

MARIANA. ¿Herida? sí, yo fuí herida... herida de un tiro... en Wimpfenn.

FRITZ. Gracias á Dios que os acordais de algo.

VIAJERO *(ap. tanteando el pavimento en varias direcciones)*. Esta baldosa se ha movido... no junta como las demás.

MARIANA. En Wimpfenn. — Allí fué donde Bernard se separó de mi lado... sí, ya recuerdo... cuando caí, llevaba yo en brazos á mi hijo. *(Levantándose y dirigiéndose á Fritz.)* ¿En donde está? ¡Oh! es imposible que hayais salvado á la madre sin salvar al hijo.

FRITZ. Seguramente, si el hijo hubiera estado junto á la madre; en mi carreta hay espacio de sobras para tres; pero cuando yo os encontré en el campo estabais sola, enteramente sola.

MARIANA. ¿Sola? no puede ser. ¿Habrian acaso arrebatado á mi hijo? ¿muerto tal vez?... ¡Oh! mi memoria, mi memoria, tengo necesidad de toda mi memo-

ria. *(En actitud reflexiva.)* Pasaron unas mujeres; huian aterrorizadas... yo no pude seguirlas... pero sí las dije, salvadle, salvad á mi hijo. *(Pausa.)* Una de ella se bajó hasta á mí y me quitó de entre los brazos á mi pobre Victor, que lloraba... huyó con él y me dijo su nombre y el de la aldea donde vivia... sí, y esta mujer se llama... Dios mio, Dios mio, ¿como se llama esta mujer? ¡Ah! ya recuerdo, Carlota! sí, se llama Carlota... Gracias, gracias, Dios mio, porque no estoy loca, gracias porque podré encontrar á mi hijo.

FRITZ. Nada mas fácil; en sabiendo el nombre de la aldea.

MARIANA. ¿El nombre de la aldea?

FRITZ. Cabal; ¿no os lo dijo Carlota?

MARIANA. Sí.

FRITZ. ¿Y vos le recordais?

MARIANA *(cayendo sobre una silla desesperada).* No, no, no!

FRITZ. ¡Pobre madre!

ESCENA IV.

DICHOS. MAD. MULLER.

MAD. MULLER *(al viajero).* Caballero, ahi teneis vuestro salvo-conducto.

VIAJERO. Gracias.

MAD. MULLER. ¿Con que estais decidido á partir esta noche?

VIAJERO. Sí, señora. *(Ap.)* Pero antes sabré si es sueño ó realidad lo que esta mujer ha contado.

MAD. MULLER *(viendo á Mariana).* ¿Como? ¿nuestra enferma se ha levantado ya?

FRITZ. Sí, se encuentra mejor; *(ap. á Mad. Muller)* solamente que no tiene la cabeza muy sana.

MAD. MULLER. ¡Infeliz!

VIAJERO *(ap.)* ¿Como podria yo descubrir?...

MAD. MULLER *(al viajero).* He preguntado al burgomaes-

tre si los caminos ofrecian entera seguridad, y me ha contestado, que pocos serán los viajeros que os lo interrumpan. Despues del combate de Wimpfenn los franceses ocuparon la aldea de Kerbach...

MARIANA *(levantando la cabeza)*. ¡Kerbach!...

VIAJERO. Gracias por estas noticias, señora: voy á hacer mis preparativos de viaje. *(Ap.)* Pero de todos modos yo no abandono este meson sin haber probado levantar esta baldosa. *(Vase)*

MARIANA *(á Fritz)*. ¡Kerbach! ¿hay alguna aldea de este nombre?

FRITZ. Sí tal; á doce leguas de aquí.

MARIANA *(recordando)*. Carlota... Kerbach... estos son los nombres que pronunció aquella mujer.

FRITZ. ¿Con que deciais, Mad. Muller, que los franceses ocuparon la aldea de Kerbach?

MAD. MULLER. Cierto; pero la abandonaron luego, despues de haberla pegado fuego.

MARIANA. ¡Fuego! ¿decís que los franceses han pegado fuego á la aldea de Kerbach?

MAD. MULLER. Lo digo.

MARIANA. ¡Desgraciada!... ¿y era en la aldea de Kerbach donde estaba mi hijo? *(cae en una silla.)*

MAD. MULLER. Dios nos asista: señora, volved en vos; quizás las noticias del burgomaestre no sean del todo exactas; dentro de algunos dias... mañana tal vez...

MARIANA. ¡Qué es mañana! Yo no puedo aguardar un dia, ni una hora; voy ahora mismo...

MAD. MULLER. ¿A donde?

MARIANA. A Kerbach.

MAD. MULLER. Imposible.

MARIANA. ¿Como imposible? ¿no os he dicho que era a Kerbach á donde habia sido conducido mi hijo? *(A Fritz)* ¡Ah! vos que tuvisteis compasion de la mujer moribunda, la tendreis tambien de la madre desesperada: me conducireis á Kerbach, ¿no es esto?

FRITZ. Yo me guardaré muy mucho, pues poco fácil es en-

contrar á los franceses por el camino, y perder en un momento caballo y carreta... Sin contar que les puede dar el antojo de fusilar á un mozo austriaco: diantre, por cincuenta florines no me arriesgára quizás á este viaje; ¿podriais darme vos cincuenta florines para conduciros á Kerbach?

MARIANA. ¿Yo? yo no poseo nada, absolutamente nada.

MAD. MULLER. En el estado en que os encontrais semejante viaje podria ocasionaros la muerte.

FRITZ. Tiene razon Mad. Muller; aguardad á que mañana recibamos noticias...

MARIANA. ¡Mañana! ¡mañana! ¿y quién os ha dicho que de aquí á mañana no haya yo muerto de ansiedad?

FRITZ. En cuanto pueda traslucir alguna noticia contad con que vendré á comunicárosla: vamos, estad tranquila; quizás no se haya quemado todo... Dios es bueno y protege á los pobres niños: hasta mañana. (*Vase.*)

ESCENA V.

MARIANA. MAD. MULLER.

MARIANA *(arrodillándose)*. Señor, si volviéndome la razon me habeis permitido comprendiera todo el peligro que corre mi hijo es para que vaya á su socorro; ¿no es esto? Sí, porque vos sois la suma bondad, y os compadeceis de los niños desgraciados. *(Levantándose á Mad. Muller.)* Ya lo habeis oido, señora, por un poco de oro este hombre me conduciria á Kerbach, á Kerbach en donde mi Victor padece, en donde mi hijo llama tal vez á su madre. Dadme el oro que este hombre pide y en cambio os doy toda la sangre de mis venas. Vos que con tanto interés habeis cuidado de mi salud, comprendereis, que mas que la calentura, la inquietud acabará con mi vida. Si quereis completar la buena obra que habeis empezado, si quereis que yo viva, señora, prestadme es-

te dinero, que, os lo prometo por mi honor y el de mi marido, os será devuelto; venderemos lo poco que poseamos, y esta cantidad os será reintegrada. Os lo juro, señora, por la memoria de mi madre, por el honor de un soldado, por la vida de mi hijo. (*Cae de rodillas.*)

MAD. MULLER Comprendo todo lo que sufrís, amiga mia, y por esto aun cuando yo pudiera, no os facilitaria esta cantidad. Si emprendieseis el viaje á Kerbach, no llegariais sino es moribunda ó muerta. Además os consta que yo soy tan pobre como vos misma, y que este dinero que os hace falta y me pedís, no puedo dejároslo porque no le tengo.

MARIANA (*mirando á un lado de la sala*). ¡Ah!

MAD. MULLER. ¿Qué estais mirando?

MARIANA. Estoy mirando, estoy viendo que me engañais, señora, porque vos teneis oro, mucho oro.

MAD. MULLER. Os engañais.

MARIANA. Estoy segura: (*señalando á una baldosa*) allí.

MAD. MULLER. Callad; ¡si vos supierais!

MARIANA (*levantándose*). ¡Ah! ¿con que era cierto?

MAD. MULLER. En una de vuestras noches de insomnio habeis sorprendido mi secreto, pero sabreis guardarle ¿no es esto?... Allí hay en efecto un saco de oro, una cantidad que yo he escondido debajo de aquella baldosa, cuando supe que los franceses venian sobre esta aldea, pero puedo juróroslo, esta cantidad no me pertenece; es un depósito que me confió un anciano emigrado en el acto de partir para su destierro, un depósito sagrado, al cual seria un crímen tocar.

MARIANA. ¡Hijo mio! perdióse toda esperanza.

ESCENA VI.

DICHAS. FRITZ.

FRITZ. Soy yo, señora.

MAD. MULLER. ¿Qué se te ofrece?

FRITZ. Nada, señora, nada mas que deciros que la yegua francesa que me habiais encargado enganchar al carro, está mala que no puede dar un paso. Ya vereis, venid.

MAD. MULLER. Soy contigo, Fritz. (*A Mariana.*) Espero que á nadie dareis parte del secreto que la casualidad ha puesto en vuestras manos: yo correré luego á casa del burgomaestre, y os le traigo aquí mismo para que os comunique cuantas noticias hayan llegado á él. Tened un poco de paciencia y aguardad hasta mañana. (*Vase con Fritz.*)

ESCENA VII.

MARIANA.

¿Aguardar hasta mañana? imposible; la ansiedad me mataria: debo partir, partiré esta misma noche, ahora mismo: Dios me indicará el camino que debo seguir. Contra el frio me protegerá este capoton, contra la fatiga este cayado, contra el hambre la limosna de los que encuentre en el camino. ¡Oh! sí, sí, llegaré á Kerbach; dicen que estoy débil, pero Dios es fuerte; que estoy moribunda, pero soy madre: llegaré á la aldea, llegaré. (*Vase por la derecha; ábrese la puerta de la izquierda, y aparece el viajero con precaucion.*)

ESCENA VIII.

EL VIAJERO.

Solo; estoy solo (*cierra la puerta de la izquierda*). Ahora sabré si efectivamente en esa estancia hay escondido un tesoro. (*Levanta la baldosa que señaló Mariana.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO. [1]

Jardin en el palacio del general, calle de Courcelles. A la derecha del espectador un bosquecillo en cuya entrada hay un banco rústico. A la izquierda un pabellon con puerta y ventana practicables: debajo de la ventana que mira al espectador varias macetas de flores, que se conoce han sido pisadas: flores y hojas sembradas en el suelo. En el fondo un enverjado con puerta practicable que da á la calle.

ESCENA I.

VICTOR. *(Despues)* MARTIAL.

VICTOR *(examinando el desórden de las flores)*. ¡Qué desórden!... estas ramas han sido recientemente pisadas... No parece sino que el huracan haya tronchado esta noche las flores del parque.

MARTIAL *(entrando por la derecha)*. Vosotros permaneced aquí y estad atentos á la señal. *(Viendo á Victor.)* Muy buenos dias, Sr. Victor.

VICTOR *(sin apartar la vista de las flores)*. ¿Eres tú Martial?

MARTIAL. ¡Hola! ¿estais observando el destrozo del jardin? No os deis mal rato para averiguar la causa: todo ello se debe á cierto mocito que se dejó caer encima de estas flores al tomar mas que de prisa el portante por esta ventana.

VICTOR. ¿Como? ¿por la ventana de este pabellon que comunica con los aposentos de mi madrastra?

MARTIAL. Precisamente; pero calmaos, la visita de este fulano no iba dirigida á la señora de mi general.

(1) Han transcurrido veinte años.

VICTOR. Pero, ¿cómo á semejante hora se encontraba este hombre en este lado del palacio?

MARTIAL. Por lo visto era uno de los jardineros del parque de Monseau nuestro vecino de en frente, que tendria que comunicarle algo á la camarera de mi señora. Y ya se ve, como el muchacho tiene las mañanas y las tardes ocupadas, quiso aprovecharse de la noche para no retardar la entrevista. Desgraciadamente para él yo tenia un proyecto entre manos que me habia quitado el sueño, y me traia paseando por ese bosquecillo á tiempo que el amante nocturno confundiendo la ventana con la puerta se dejaba caer cuan largo era sobre estas macetas. Pero yo os aseguro que semejante escena no volverá á repetirse; porque mi señora á quien he enterado de todo al levantarse, ha llamado á la camarera, la ha ajustado las cuentas, y la ha mandado con sus amantes á otra parte.

VICTOR. ¿La señora condesa ha arrojado de su lado á su camarera? ¿á su hermana de leche, á una muchacha que siempre se le habia mostrado tan adicta?

MARTIAL. Vaya y si la ha arrojado; y no bien la acababa yo de enterar de la escena pasada.

VICTOR. (*Ap.*) Vive Dios, que la justicia de la condesa ha sido por esta vez muy rigurosa, y sobre todo bien ejecutiva.

MARTIAL. No que no: ¿sabeis que la conducta de la camarera podia comprometer á la señora condesa? v. gr. esta misma noche pasada, cuando yo ví saltar al individuo en cuestion, el primer pensamiento que se me ocurrió fué...

VICTOR. ¿Cuál?

MARTIAL. Una idea que no tiene sentido comun; nada, yo me dije para mí mismo: la señora condesa es un poco muy jóven, y quizás un mucho noble para ser la esposa de un ex-sargento de la 32, sobre todo ahora que estamos en tiempo de restauracion, como dicen los situacioneros.

VICTOR. Absurdo, Martial, absurdo; esta idea carece de fundamento, como tú has dicho; la esposa del señor de Saint-André no puede faltar á sus deberes sin hacerse culpable de la mas negra ingratitud. Hija del pobre marqués de Beauferrant debe á este matrimonio felicidad, fortuna, posicion.

MARTIAL. Vaya y si se la debe, y que sin aquella maldita mina que privó de la vista al general, vuestra madrastra seria hoy dia mariscala de Francia. *(Ap.)* Pobre Mariana! Cuando me figuro que era ella quien debia llevar este título: ya se ve; hace veinte años que nadie ha sabido de ella, y aun el general nos tiene prohibido hablar en presencia de su hijo. En el palacio de todo un señor conde hablar de una vivandera que fué en otro tiempo... la esposa, sí señor, la esposa del sargento Bernard, porque yo los casé. *(Mientras Martial habla aparte, Victor se acerca á las macetas, y observa con atencion una de ellas, separando las ramas de la planta.)*

VICTOR. (*Ap.*) ¿Qué es lo que veo? Un guante blanco. (*Lo recoge y examina.*) Un guante de caballero que se le habrá estraviado al amante nocturno. (*En tono de duda.*) Diantre: ¡el guante está perfumado, y lo que es de cabritilla no los usan los jardineros! (*La ventana del pabellon que se habia entreabierto se cierra con fuerza.*) ¿Qué es esto?

MARTIAL (*volviéndose*). ¿Qué?

VICTOR. (*Ap.*) Alguien estaba escuchando. (*Alto.*) Nada. (*Ap.*) Yo sabré á quien pertenece este guante. (*Méteselo en el bolsillo y dirígese hácia el fondo.*)

MARTIAL. ¿Salís, Sr. Victor?

VICTOR. Sí, salgo, voy á cumplir con un encargo del general. Parece que hace algunos dias ha sido encontrado el registro de un regimiento, cuyo libro se creia quemado ó perdido. Mi padre que tuvo ayer noticia de este descubrimiento, me ha mandado pasar al ministerio á enterarme de este registro por si podia proporcionarle noticias de una persona que le interesa

mucho..... Una vivandera del ejército del Sambre y Meuse.

MARTIAL. ¿Mariana Duval?

VICTOR. La misma. Mi buen padre no se olvida de ninguno de sus antiguos amigos: es el protector de cuantos ha conocido militando bajo las banderas de la república y del imperio.

MARTIAL (*con emocion*) Sí, sí, Sr. Victor, trabajad con empeño para adquirir algunas noticias del paradero de la escelente vivandera de la 32, porque esta mujer, á esta mujer, Sr. Victor, la debeis...

VICTOR. ¿Qué es lo que debo á esta mujer? (*Oyese la voz de un criado dentro el pabellon.*)

CRIADO. El señor marqués de Beauferrant aguarda en el coche á la señora condesa.

VICTOR. Mi madrastra que parte para las Tullerías con su padre.

MARTIAL. Bravo: este es el momento de la sorpresa. El general bajará á este jardin y luego que nos encontremos solos... (*viendo á Edgardo que aparece por el fondo.*) Por vida del importuno... Una visita.

ESCENA II.

EDGARDO. VICTOR. MARTIAL.

VICTOR (*á Martial*). No te incomode, que este es de la casa. Buenos dias, Edgardo.

EDGARDO. ¿Cómo vamos desde ayer, querido Victor?

VICTOR. Sorprendido de verte tan de mañana por estos barrios.

EDGARDO. Queria pasar á verte mas tarde, pero he sido llamado como médico por uno de los vecinos de esta calle... Hombre, por uno de tus conocidos, por este jóven diplomático, pariente de tu madrastra que he encontrado aquí algunas veces.

VICTOR. Gaston de Montclar: ¿está enfermo?

EDGARDO. Cuasi nada. Esta mañana, estando en su casa

se le ha resbalado un pié y en la caida se ha lastimado un poco el brazo derecho.

VICTOR. ¿El Sr. de Montclar ha sufrido una caida esta mañana?

EDGARDO. Sí, ya me ha esplicado como, pero yo no he parado la atencion en ello. Solo he llegado á comprender que ha caido, segun creo, del sofá á la alfombra...

MARTIAL. Siempre vale mas que caer de una ventana, aunque debajo de esta ventana haya un lecho de rosas (*con intencion y mirando las macetas*).

VICTOR (*reflexionando*). Esta caida del Sr. de Montclar... (*Cambiando de tono.*) Vamos, iré á ver al enfermo. Pero, Edgardo, tú no has venido solamente para darme parte de esta noticia... Edgardo, mírame bien.

EDGARDO. ¿Y qué?

VICTOR. Tú tienes que decirme algo.

EDGARDO. Tambien podria ser que acertáras.

VICTOR. ¿De parte de tus parientes? ¿de tu hermana acaso? Edgardo, ten piedad de mi inquietud: habla pronto.

EDGARDO. Aguarda un poco: tú te has dirigido á mi familia antes de abrirme tu corazon, pues en castigo no he de decirte nada hasta tanto que haya hablado á solas con tu padre.

VICTOR. ¿Y no hay otro medio?

EDGARDO. No le hay.

VICTOR. Siendo así me resigno.

EDGARDO. Dentro de un rato me encontrarás en casa y allí te daré cuenta de mi entrevista con el general.

VICTOR. Convenidos, voy al ministerio que está á pocos pasos de tu casa; date prisa, amigo mió: mira que no me hagas esperar.

EDGARDO. Estaré aquí el menos tiempo posible Adios, mi futuro cuñado.

VICTOR. Adios. (*Ap. saliendo y sacando el guante que tiene en el bolsillo.*) Tengo un hilo de la trama, veremos si por él sacaré el ovillo.

ESCENA III.

EDGARDO. MARTIAL.

MARTIAL (*á Edgardo que se dirige hácia el pabellon*). ¿Adónde vais?

EDGARDO. A buscar al señor conde de Saint-André.

MARTIAL. ¿Al general? no se le puede ver: está ocupado: es decir, estamos ocupados. Si os fuera posible volver mas tarde...

EDGARDO. Hablemos claro, Martial: mi visita te importuna. ¡Oh! sí, sí. Desde que he llegado observo en tí cierto aspecto de contrariedad, un aire de misterio.....

MARTIAL. Pues bien, sí señor: quisiéramos encontrarnos solos y sin testigos para poder recordar á nuestras anchuras lo que algunos quisieran hacernos olvidar.

EDGARDO. ¿Cómo?

MARTIAL. Como que hoy v. gr. estamos en 15 de agosto y este dia es aun de alegría para algunos...

EDGARDO. En efecto; para mí es tambien una festividad, nada menos que el santo de mi madre.

MARTIAL. ¿Qué? ¿vuestra madre se llama Napoleon?

EDGARDO. No, pero se llama María. Ya sabeis que donde estaba el nombre del emperador han colocado el de la Vírgen.

MARTIAL. Estos son cambios que no rigen con nosotros; cuestion de almanaque que nada tiene que ver con los recuerdos de la antigua guardia... Y como en otro tiempo en semejante dia el general gustaba de encontrarse entre nosotros, he ido reclutando por ahi algunos veteranos de Smolensk y Waterloo, para presentárselos diciendo: mi general, el mejor entre los mejores ya no existe, pero quedan todavía algunos de los buenos.

EDGARDO. Muy bien, Martial: escelente idea.

MARTIAL (*admirado*). Bah, ¿vos encontrais escelente es-

ta idea? pues á fe que tales opiniones no cuadran muy bien con quien se llama por su cuna Sr. de Bussieres.

EDGARDO. Desengáñate, mi viejo amigo; si por mi familia pertenezco á la antigua nobleza, por el corazon soy hijo de la Francia moderna y el primer admirador de las glorias del imperio. Ya ves pues que no soy indigno de asistir á tu fiesta.

MARTIAL. Siendo asi, quedaos si gustais. Ya llega el general. (*Subiendo hácia la derecha.*) Camaradas, á vuestro puesto, y silencio hasta que yo dé la señal.

ESCENA IV.

DICHOS. BERNARD. BELAVOINE y algunos militares.

(*Estos últimos que, como Belavoine, visten distintos uniformes del ejército imperial, se colocan junto al pabellon y en el momento en que el general acaba de bajar la escalera, gritan todos.*)

TODOS. Viva el general Bernard!

BERNARD (*deteniéndose*). ¿Qué es esto? ¿quién está aqui?

MARTIAL. General, son amigos vuestros, antiguos valientes que no han olvidado todavía el aniversario del 15 de agosto, y aquí los teneis deseando que paseis revista de ellos, como otras veces lo habeis hecho en el Carrousel ó en el Campo de Marte. Mi general, creo que no negareis esta satisfaccion á vuestros antiguos camaradas.

BERNARD. ¿Yo negarme á ello? ¿Con que os habeis acordado de mí, amigos mios?

MARTIAL. ¿Que si se acuerdan? Poquito; no se pasa dia sin que uno ú otro venga á preguntarme de vos. Decidme, mi general, ¿no os parece que esta revista pasada en el jardin de vuestra casa será...?

BERNARD. ¡Una revista pasada por un general ciego!

MARTIAL. Sí, pero este general ciego, este general que

ya no nos ve, puede pasar esta revista en memoria de aquel que tampoco nos ve ni nos oirá mas.

BERNARD. ¡El grande emperador! Era un gran tiempo aquel, amigos mios. Vamos, acercaos: paréceme que con solo estrecharos la mano he de reconocer á cada uno de vosotros.

MARTIAL. Batallon, firmes, presenten, aur (*hace como que bate marcha*); ram, ram, ram, etc.

BERNARD (*reconociendo á cada uno de ellos*). Sí, este es Pedro del 3.° de dragones, herido en Wagram. (*A otro.*) Simon, un cazador de la guardia; (*poniéndole la mano sobre la cruz del pecho*) condecorado en la Moskowa. (*A otro.*) Hola, Estéban, el bravo del 7.° de lanceros, que me prestó su capa para dormir sobre la nieve. (*A otro,*) ¿Tú tambien por acá? Pues mira, no tienes necesidad de decirme tu nombre para que le recuerde: eres Andrés, Andrés el mala cabeza, el constante inquilino del cuarto de arresto... Tengo tan presente como ahora el dia en que me salvaste la vida en Austerlitz; (*tanteándole la frente*) sí, todavía se te conoce la herida que recibiste en mi lugar. Ya ves, tunante, que no te he olvidado. ¡Pobres amigos mios! ¿y os habeis vestido con el antiguo uniforme únicamente por mí? por mí, que no puedo veros. Pero sí, yo os veo á todos, á todos con la vista del pensamiento. ¡Ah! ¡la luz del corazon no se apaga tan pronto como la de los ojos!

BELAVOINE. Esto es decir...

BERNARD (*volviéndose á él*). ¡Hola! ¿quién es este que habla?

BELAVOINE. Yo, mi general; para demostraros que si vierais tan claro como decís, echariais de ver que si vos perdistéis la vista, algun otro hay que tambien ha perdido alguna cosa.

MARTIAL. Por de pronto ahí estás tú que te olvidaste un brazo en el campo de los ingleses.

BERNARD. Aguarda, ya sé quien eres: tú servias en el ejército del Sambre y Meuse... te llamas... Belavoi-

ne *(abrazándole)*. Mi antiguo camarada; perdonadme, amigos mios, si le abrazo el primero, porque este veterano me recuerda el dia mas feliz y al mismo tiempo el mas desgraciado de mi vida; el dia en que gané una charretera y perdí para siempre á Mariana. *(Vuelve á abrazarle.)*

MARTIAL *(tocando en el hombro al general)*. Mi general ¿y yo? ¿yo no soy tan camarada como los demás?

BERNARD. Anda, ven acá, viejo celoso, venid todos. *(Abrázanse mutuamente.)* ¡Ah! ¡qué feliz soy al hallarme entre vosotros! Martial, cuidado que yo no me separo de estos camaradas sin que hayan gustado primero el vino de mis botellas.

BELAVOINE. Si vos nos dais el ejemplo, general, somos capaces de bebernos la bodega.

BERNARD. Vive Dios, que me habeis de cumplir la palabra.

EDGARDO *(adelantándose á Bernard)*. Con permiso, señor conde.

BERNARD. ¿Como? ¿estabais aquí, doctor? ¿y no me habeis dicho nada? ¿por qué no me habeis hecho avisar de vuestra venida? Ya sabeis que conmigo es necesaria esta etiqueta. ¡Esto de no poder ver quien tiene uno á su lado! *(Á Martial.)* Martial, te nombro gran mariscal de mi casa: ocupa mi puesto en la mesa: soy con vosotros al momento. Belavoine, cuidado que no os devuelvo la palabra.

BELAVOINE. Ya, pero no estando mi general...

BERNARD. No hay escusa, hasta que yo vaya. *(Volviéndose á Martial.)* Martial, tú te encargas de beber por los dos.

MARTIAL. Con muchísimo gusto; camaradas, al salon: primer brindis á la salud del general.

BERNARD. No, amigos mios, no. Primer brindis á la memoria del grande emperador. *(Vánse Martial y los soldados.)*

ESCENA V.

EDGARDO. BERNARD.

BERNARD. Estamos solos, doctor: ya os escucho.

EDGARDO. Antes de todo, porque no quisiera olvidarme: debo preveniros que uno de mis clientes desea tratar con vos de cierto negocio y me ha encargado anunciaros su visita para este dia.

BERNARD. Vuestra sola recomendacion, Sr. de Bussieres, basta para que este caballero sea bien recibido en mi casa, quien quiera que fuere.

EDGARDO. Es un hombre riquísimo, dado enteramente á la devocion y á la práctica de buenas obras. Quizá su nombre no os sea desconocido; el baron de Tourville...

BERNARD. ¡Tourville! yo conozco este nombre. Así se llamaba un antiguo proveedor del ejército, que tuvo de espatriarse á consecuencia de cierto desfalco. En fin, quizá se haya enmendado; y sobre todo, de cualquier modo que haya labrado su fortuna, á Dios, no á mí, debe rendir cuentas. Sr. de Bussieres, podeis asegurarle que será bien recibido en mi casa.

EDGARDO. Pasemos pues al punto interesante de mi visita, y sabed que se trata de mi amigo Victor.

BERNARD. ¿De mi hijo?

EDGARDO. Victor ama á Clotilde de Bussieres mi hermana; sin que él me haya dicho nada, he llegado á descubrir este secreto, como tambien que ha pedido su mano á la familia.

BERNARD. ¿Sin haberme consultado en nada? ¿Y qué contestacion ha merecido su demanda?

EDGARDO. La contestacion de mi familia le ha sido favorable, general.

BERNARD. Pero...

EDGARDO. No trataré de ocultaros, señor conde, que me ha costado no poco vencer sus escrúpulos. Mi fami-

lia pertenece, como sabeis, á la antigua nobleza, y sus preocupaciones la han imposibilitado de conocer al golpe la honra que la cabe en enlazarse con una de las glorias del imperio.

BERNARD. Siendo así, debo creer...

EDGARDO. Que aceptan por yerno al heredero legítimo del conde de Saint-André, cualquiera que haya sido la condicion de aquella á quien el sargento Bernard se enlazó en primeras nupcias.

BERNARD. Ni vuestra familia ni vos tampoco, Sr. de Bussieres, habeis previsto un obstáculo contra el cual se desvanecerán todas nuestras esperanzas y esfuerzos.

EDGARDO. Pero este obstáculo...

BERNARD. Este obstáculo es el nacimiento de Victor.

EDGARDO. ¿Como? ¿su madre?...

BERNARD. Su madre delante de Dios era mi mujer; pero la ley no habia legitimado este matrimonio.

EDGARDO. Teneis razon, señor conde: este obstáculo cambia visiblemente el estado de las pretensiones de vuestro hijo. La idea de que entre á formar parte de nuestra familia una mujer indigna quizás...

BERNARD (*levantándose*). ¿Indigna? nunca, y si la suerte no nos hubiere separado hace veinte años hoy dia se llamaria la condesa de Saint-André; y os lo aseguro, hubiera hecho honor á su título.

EDGARDO. ¿Ha muerto acaso esa mujer?

BERNARD. Lo ignoro. Despues de no pocos años de inútiles diligencias, debo suponer que ha muerto; pero lo que es la prueba de su defuncion no existe.

EDGARDO. Muy culpable ha sido Victor en no comunicarme esta circunstancia...

BERNARD. Os equivocais, Sr. de Bussieres; á mí solo debeis acusar de ello.

EDGARDO. A vos, general!

BERNARD. Durante nuestras guerras, en los pocos momentos que me era dable abrazar á mi hijo, nunca creí necesario instruirle en la historia de un pasado in-

comprensible á su edad. Además que en aquel tiempo á nadie se preguntaba de qué modo habia venido á este mundo; habia una madre comun que era la patria, y esta reconocia por sus legítimos hijos á cuantos se dejaban matar en su servicio. Mas tarde, no pude, no debí hacer sabedor á Victor de un secreto que quizás hubiera disminuido en él el amor y respeto que profesába á la memoria de su madre; memoria que yo deseaba fuera siempre para Victor santa y pura. Con que ya lo veis, caballero; Victor no pudo deciros nada porque nada sabia: la falta, si la hay, es mia, mia solamente.

EDGARDO. General, no me creo con derecho ni valor para reprenderos por haber guardado vuestro secreto. Voy á trasladar vuestras palabras á mi familia. Tal vez el obstáculo sea insuperable, no obstante trataré de combatirle. Lo que no puedo asegurar es si saldré con bien de mi empeño: mis parientes están muy celosos de la dignidad de su nombre; abrigan todavía absurdas preocupaciones de raza, y por mas que yo no participe de sus ideas, debo cuando menos respetarlas. *(Vase.)*

ESCENA VI.

BERNARD. MARTIAL, *(luego)* MARIANA.

MARTIAL *(entra como acechando)*. Al fin y al cabo se ha marchado el señor doctor; cerremos la verja, no sea que otro importuno...

BERNARD. Si no te hubiera perdido, Mariana, hoy dia Victor podria ser feliz. *(Siéntase junto al pabellon, y apoya la cabeza entre las manos. En el momento en que Martial va á cerrar la verja aparece una mujer.)*

MARIANA. Perdonad, caballero. ¿Vive aquí el general Bernard?

MARTIAL. Sí, señora.

MARIANA. ¿Está en casa?

MARTIAL. Sí, señora.

MARIANA. ¿Me seria permitido hablarle un momento?

MARTIAL. *(Ap.)* Voto á tal, y los camaradas que nos están aguardando! *(Alto.)* ¿Y es precisamente el general Bernard á quien deseais ver?

MARIANA. Sí, señor; al general y á otra persona..

MARTIAL. Ya: deseais hablar tambien á su mujer.

MARIANA *(apoyándose en la verja)*. ¿Su mujer?

BERNARD *(que poco á poco ha ido levantando la cabeza y escucha)*. ¿Quién está ahí?

MARTIAL *(mirando á Mariana y confuso)*. ¡Diablo! no... pues yo no me engaño... esta voz... estas maneras... pero ca... imposible... esto es una equivocacion...

MARIANA *(conmovida)*. Creo que yo tambien me habré equivocado, amigo mio. El general que vive en esta casa probablemente no será el general Bernard que yo busco; el Bernard antiguo sargento de la 32.

BERNARD *(levantándose azorado y dirigiéndose hácia la puerta)*. ¿Es esto un sueño? ¡Dios mio!

MARTIAL *(sacudiendo una patada en el suelo)*. No, señor, voto á cien mil de á caballo. Yo no me engaño: es ella; sí, mi general, es Mariana.

BERNARD *(con esplosion)*. Mariana!

MARIANA *(con dolor)*. Bernard!

BERNARD. Mi corazon te ha reconocido: te tengo á mi lado y todavía dudo de esta ventura. ¿Eres tú, Mariana, eres tú?

MARIANA. Bernard, dime que vive mi hijo y todo te lo perdono.

BERNARD. Vive.

MARIANA *(cayendo de rodillas)*. Gracias, Dios mio.

BERNARD. Vive, y es mi tesoro, mi amor, mi orgullo.

MARTIAL. ¡Oh! sí, señora. El Sr. Victor es nuestro orgullo.

MARIANA *(llorando de alegría)*. Basta, basta; porque temo no poder resistir á tanta felicidad.

BERNARD *(tomándola la mano)*. ¡Pobre Mariana! *(Se oye*

dentro ruido de los soldados que están bebiendo y una voz que dice) : Brindo á la salud del imperio.

MARTIAL. Adios... Cata allí dentro á los otros que están prorumpiendo en voces subversivas para desquitarse de nuestra ausencia. Voy, voy allá dentro, no sea que el patriotismo ó el vino les resulten caros. Os dejo con ella, general; despues de veinte años tendreis muchas cosas que comunicaros. (*Vase por la derecha y se oyen por un momento los gritos de los convidados y la voz de Martial que dice*): Silencio, camaradas; silencio.

ESCENA VII.

MARIANA. BERNARD.

(*Mariana conducida por Bernard se sienta á su lado en un banco.*)

BERNARD. ¿Mariana á mi lado? Mariana á quien tanto amo, á quien tan inútilmente he buscado durante veinte años!

MARIANA (*con ternura*). Bernard... (*reprimiéndose*) Perdonad, caballero, me habia olvidado de que vos sois para mí el señor conde de Saint-André.

BERNARD. Déjate de vanos títulos y háblame de tí, pobre Mariana.

MARIANA. De mi hijo, de mi hijo es de quien quiero hablarte. Díme, ¿se acuerda de su madre? ¿te habla de ella muy a menudo? ¿han visto tus ojos si los suyos buscaban por el mundo á la mujer que le ha dado el ser?

BERNARD. ¡Mis ojos, Mariana! ¿Te has fijado en ellos antes de hacerme esta pregunta?

MARIANA (*levantándose y fijándose en Bernard*). ¡Ciego, Dios mio, ciego!

BERNARD. Sí, en la batalla de Eylau..... Una mina que prendió y desde aquel momento el mundo desapareció de mi vista... Delante de mis ojos siempre veo lo

mismo, la noche, la noche eterna... ¿Crees acaso, Mariana, que sin esta desgracia hubiera consentido yo nunca...? Pero el emperador no quiso que su antiguo compañero de armas se viera aislado y solo en el mundo... y me casó. Sí, Mariana, sí: el grande emperador se dignó encargarse de mi matrimonio.

MARIANA. Comprendo todo el respeto, todas las atenciones, todo el agradecimiento que debes á la mujer que te ha consagrado su vida; á la mujer que cumple con su deber..... este deber cuyo cumplimiento me hubiera hecho á mi tan feliz.

BERNARD. Si yo hubiera podido descubrir que no habias muerto en aquella desgraciada accion... ¿Por qué me tuviste ignorante de tu existencia, Mariana?

MARIANA. Porque me encontraba fuera de Francia..... y léjos, muy léjos.

BERNARD. ¿Qué importa? Una carta, yo no te pedia mas que una carta..... pero nada, jamás llegó hasta mí una noticia tuya.

MARIANA. Me era imposible.

BERNARD. ¿Cómo? ¿en veinte años...?

MARIANA. En veinte años he llorado mucho, he padecido mucho, he... no puedo, no puedo decirte mas.

BERNARD. Mariana, ¿á tí te debe haber pasado algo terrible?

MARIANA. No hablemos de mi desgracia..... tú eres mas que yo digno de compasion, porque este niño, nuestro Victor, el hijo que tú me has conservado, yo puedo verle, puedo gozar en su belleza, y tú, infeliz! solo puedes oirle...

BERNARD. Pronto va á venir; le estoy aguardando y de sus palabras podrás colegir si has ocupado constantemente un puesto en mi memoria. En este momento Victor por órden mia se está ocupando de tí.

MARIANA. ¿De mí?

BERNARD. Escucha, Mariana. Te he dicho que en breve iba á parecer Victor ante tu presencia.

MARIANA. ¡Oh! ¡cuanto tarda el momento de abrazarle!

BERNARD. Mariana, por piedad, por mi amor retendrás el impulso de tu corazon, sufocarás el grito supremo del amor maternal, porque, sábelo, dentro de esta casa no soy libre de decirte en alta voz, he aquí á tu hijo; dentro de esta casa no tienes el derecho de ser madre. Si la condesa de Saint-André descubriera los lazos que nos unen, podria ofenderse de tu presencia en su casa, y no ha de dar ejemplo de escándalo el que exige de su esposa estrecha cuenta del honor que la ha confiado.

MARIANA. ¿Pretenderiais acaso, señor conde, que representára á los ojos de mi hijo el papel de una mujer estraña?

BERNARD. No; quiero que te descubras á él, pero en voz baja, tan baja que solo él pueda oirlo. No creo que me niegues este sacrificio que reclamo de tí en nombre de mi tranquilidad, en nombre de mi desgracia. *(Mariana calla: luego fija la vista en la puerta del fondo en donde aparece Victor, dirigiéndose hácia el pabellon.)*

ESCENA VIII.

VICTOR. MARIANA. BERNARD.

MARIANA *(ap.)* Un jóven... ¿si será él?

BERNARD *(á Mariana)*. ¿Qué es esto? ¿estás temblando?

VICTOR *(deteniéndose)*. ¿Como? ¿estais aquí, padre mio?

MARIANA *(con voz sufocada)*. ¡Ah! ¡es él!

BERNARD *(á Mariana)*. Sí, pero silencio.

MARIANA *(mirándole)*. Es él!

VICTOR. Veo que estais ocupado, padre mio, y me retiro. Soy con vos al momento.

MARIANA *(á Bernard en tono de súplica)*. ¡Oh! dile que se quede.

BERNARD. Victor, puedes hablar delante de esta mujer, que no es para tu padre una desconocida ni una estraña para tí.

MARIANA *(con voz débil)*. Acaba, acaba.

BERNARD. Luego, luego tú misma será quien le diga abrazándole: «Yo soy tu madre.» *(A Victor.)* Ayer tarde os encargué cierta comision...

VICTOR. Vengo del ministerio, padre mio.

BERNARD. Y el registro del regimiento, el libro que se creia perdido...

VICTOR. Vuestras noticias eran exactas; el libro no fué quemado: existe, y yo os traigo los informes que me pedisteis relativos á la vivandera Mariana Duval.

MARIANA *(con espanto)*. ¡Dios mio!

BERNARD *(á Mariana)*. Ya ves como no te habia engañado, que nos estábamos ocupando de tí. *(A Victor.)* Y bien, estos informes...

VICTOR. Resulta de una nota que se me ha puesto á la vista, que el 23 de setiembre de 1797 en la pequeña aldea de Sielsberg, reino de Prusia, Mariana Duval fué condenada á cárcel perpetua acusada y convicta de hurto doméstico.

BERNARD. ¿Condenada por robo? ¿ella? ¿Mariana? No puede ser, no puede ser *(se oye el ruido de un carruaje)*.

VICTOR *(mirando por la verja)*. Ha entrado un carruaje en el patio.

MARIANA *(á Bernard)*. Bernard, es preciso que te hable á solas.

BERNARD *(á Mariana)*. Sí, sí; es indispensable.

VICTOR *(acercándose)* Es la señora condesa que vuelve del castillo.

BERNARD. Bueno; marcha á su encuentro, y si pide por mí, vendrás á avisarme.

VICTOR. Lo haré así, padre mio. *(Ap.)* Mucho interés tendria por esta Mariana Duval cuando así le han trastornado mis noticias. *(Vase. Mariana sigue con la vista á Victor; este sube las escaleras que conducen al pabellon: Mariana se esfuerza en contener su emocion, hasta que viendo cerrarse la puerta tras su hijo hace un movimiento como para arrojarse en su segui-*

miento. Bernard que la tiene cogida de un brazo, y ha adivinado este combate, la detiene en su puesto. Victor atraviesa el pabellon y desaparece.)

ESCENA IX.

BERNARD. MARIANA.

BERNARD. Mariana, tú eres inocente, y probarás tu inocencia ¿no es cierto?

MARIANA. No puedo probarla.

BERNARD. ¿Has sido condenada por el delito de que te acusan?

MARIANA. Lo he sido.

BERNARD. Pero al presente no pesa ya sobre tí el brazo de la ley.

MARIANA. Pesa y pesará siempre.

BERNARD. ¡Ah! ¡desgraciada! Culpable ó inocente ya no puedes decir á Victor, yo soy tu madre.

MARIANA. Y no obstante, alguno hay todavía en este mundo que, estoy segura, podria responder de mi inocencia.

BERNARD. ¿Alguno, has dicho?

MARIANA. Sí, aquel cuya mano oculta ha favorecido mi fuga. Despues de tantos años que he permanecido olvidada en el fondo de un calabozo, enteramente desconocida en el pais donde se pronunciára mi sentencia ¿quién hubiera podido acordarse de la infeliz Mariana Duval? ¿quién se interesára por ella á no ser un testigo, ó el autor quizás, del robo porque he sido condenada?

BERNARD. En efecto; ¿y tú no recuerdas ningun nombre, no abrigas sospecha ninguna de quien pueda ser tu libertador?

MARIANA. No... Solamente hace algunos dias fué abierta la puerta de mi calabozo y me entregaron una carta concebida en estos términos: «Mariana Duval, estais libre, pero no absuelta; daos prisa á pasar la fron-

tera, y á cualquier parte á donde encamineis vuestros pasos cuidad de ocultar vuestro nombre, porque el brazo de la justicia alcanza á todo lugar.» Esta carta que guardo todavía no llevaba firma alguna, y tan solo habian escrito al pié: «Cuando llegueis á París, preguntad por el abate Saviniano en la sacristía de S. Eustaquio.»

BERNARD. ¿Has visto ya á este sacerdote? ¿te ha dado algun indicio?

MARIANA. Cuando salí de mi cárcel, mi primer pensamiento fué el de dirigirme á Kerbach con la esperanza de encontrar alguna huella que me indicára el paradero de Victor. Ví en efecto á Carlota á quien confiára mi hijo en el campo de batalla de Wimpfenn; por ella supe que mucho tiempo despues te lo habia entregado á tus instancias y que recibia de tí una pension. Acababa de cobrar un trimestre que le habia sido remitido por Martial, intendente del señor conde de Saint-Audré, habitante en París calle de Courceilles. Entonces olvidándome de todo y abrigando una feliz esperanza he corrido á casa del general, como corriera en otro tiempo al alojamiento del sargento Bernard.

BERNARD. Bien, Mariana; y hoy mismo, hoy mismo es indispensable hablar á este abate Saviniano.

ESCENA X.

ELENA *y* VICTOR *en el pabellon, (luego) un criado y* GASTON *tambien en el pabellon.* BERNARD *y* MARIANA *en el jardin.*

ELENA. Sí, mi querido Victor; el rey está hoy de un humor estremado.

MARIANA. Se oyen voces en este pabellon!

BERNARD. Es la condesa. Mariana, es necesario que te alejes de aquí.

MARIANA. ¿Alejarme de aquí?

CRIADO (*en el pabellon*). El caballero de Montclar. *(Aparece Gaston. Victor fija en él la vista.)*

BERNARD. Cuida de hacerme saber tu paradero y Martial me conducirá á él.

VICTOR. Sr. de Montclar, parece que á Dios gracias vuestra herida no ha sido cosa de gravedad?

MARIANA (*que iba á partir deteniéndose*). Es él, es la voz de mi hijo.

GASTON. ¿Como? Sabeis...

VICTOR. Sí señor; que os habeis caido sobre una alfombra. ¡Oh! mejor es que haya sido sobre blando... y dispensadme la curiosidad, ¿podriais decirme donde tomais los guantes, señor de Montclar?

ELENA. (*Ap.*) Cielos!

BERNARD (*á Mariana*). Y bien, Mariana.

MARIANA. Aquí donde nadie me ve, déjame al menos que le oiga.

GASTON. En casa de Wenzel, guantero de la corte.

ELENA (*cortando la conversacion*). ¿Y vuestro padre, Victor, como no se ha dejado ver en todo el dia de hoy?

VICTOR. Voy á avisarle, señora.

BERNARD (*á Mariana*). Retírate, Mariana, y suceda lo que suceda, prométeme no revelar tu secreto hasta tanto que yo te indique la ocasion.

MARIANA. Lo prometo. *(Se dirige hácia el fondo.)*

VICTOR (*saliendo del pabellon, dirigiéndose á su padre*). Padre mio, la señora condesa desea veros.

BERNARD. Voy allá, dame tu brazo. (*Ap.*) ¡Pobre Mariana!

ELENA (*á Gaston*). A todo trance es preciso alejar á este jóven, ó somos perdidos.

MARIANA (*desde el fondo mirando á Víctor que con su padre se dirige hácia el pabellon*). Callar... esto es lo que he prometido; pero no verle... ¡jamás!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa del general adornado con suntuosidad, puerta al fondo que comunica á una galería, puertas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MARTIAL, UN AYUDA DE CÁMARA *y algunos criados ocupados en los preparativos de un baile.*

MARTIAL (*hablando consigo mismo*). ¡Jesus! ¡qué barahunda! ¡qué trastorno en esta casa! y todo ¿por qué? por celebrar la fiesta del nieto de S. Luís, como le llaman... Ya se ve, la señora condesa es de la antigua raza, y aun le habrá parecido poco echar al aire todas estas guirindolas y alumbrar tan suntuosamente los salones... Mientras que el dia grande, el dia de nuestro verdadero emperador, el general y yo y los antiguos camaradas, si quisimos alumbrar, tuvimos que alumbrar nuestras cabezas.

AYUDA DE CÁMARA. Señor Martial, ¿qué tal? ¿qué os parecen los preparativos del baile? ¡Oh! será cosa magnífica, digna del gran rey cuyos dias celebramos. Con dificultad se habrá visto una cosa de mejor efecto.

MARTIAL. ¿Que no? ¿tú recuerdas haberme visto alguna vez vestido de gran uniforme cuando el emperador revistaba las tropas en el Carrousel?

AYUDA DE CÁMARA. Nunca.

MARTIAL. Entonces cállate, animal. ¿Qué sabes tú todavia lo que es lindo ni lo que es feo? *(Vase el ayuda de cámara. Bernard entra por la derecha.)*

4

ESCENA II.

BERNARD. MARTIAL.

BERNARD. ¿Estás ahí, Martial?

MARTIAL. Sí, mi general.

BERNARD. Me alegro. Han invadido hasta mi gabinete para este maldito baile... Afortunadamente nos queda todavía el pabellon del jardin y...

MARTIAL. No nos queda nada, mi general, no queda rincon donde podamos ocultarnos.

BERNARD. ¿Como? el pabellon...

MARTIAL. El pabellon, como todo, ha sido tomado por asalto.

BERNARD *(sentándose)*. Es decir, que estamos sitiados por la fiesta?...

MARTIAL. Sí, mi general, sitiados entre los instrumentos de la orquesta y las provisiones del ambigú.

BERNARD. Pues no contraria poco mis intenciones el tal baile; no obstante probaremos de pasar la noche fuera; saldremos sin hacer ruido y entraremos del mismo modo. Mi enfermedad y mis achaques son sobrados motivos que me dispensan de asistir. La condesa se encargará de decir á sus convidados que de órden de los médicos me hallo imposibilitado de salir de mi cuarto..

MARTIAL. Magnífica idea, mi general, y ¿á donde iremos?

BERNARD. ¿Que á donde iremos? A donde hubiéramos ido hace ya ocho dias, si no se te ocurrieran dificultades cada vez que te lo propongo; pero por lo que á hoy hace...

MARTIAL *(ap.)* Diantre, diantre.

BERNARD. Por lo que á hoy hace, repito, ninguna escusa te vale. Elena ocupada con sus convidados no querrá como otras veces acompañarme. Estamos solos, libres, y nos vamos á casa de Mariana.

MARTIAL *(ap.)* ¡Diablo! como impedir...

BERNARD. ¡Pobre madre! resignada á mi voluntad no ha vuelto á parecer por esta casa. Fortuna fué que dieras tú con ella.

MARTIAL. Al siguiente dia, señor.

BERNARD. ¿Y ha recibido diariamente noticias de su hijo?

MARTIAL. Ni un solo dia ha dejado de tenerlas.

BERNARD. ¡Qué agradable sorpresa vamos a causarla! A fe que nunca crei que el baile de la condesa me ofreciera la proporcion de pasar una tan buena noche.

MARTIAL (*ap.*) ¡Pobre hombre! ¿Como lo hago yo para destruirle ahora esas ilusiones?

BERNARD. Vamos, vamos, no seas perezoso.

MARTIAL *(con embarazo)*. Es que... Mariana no aguarda tal vez nuestra visita... Pudiera haber salido.

BERNARD. La aguardaremos.

MARTIAL *(ap.)* Demonio, demonio, esto se complica.

BERNARD *(reflexionando)*. O mejor... no la aguardaremos.

MARTIAL. Sí, sí, teneis razon, mi general, no la aguardaremos.

BERNARD. Para darla tiempo á que regrese á su casa, me acompañarás hasta S. Eustaquio.

MARTIAL *(admirado)*. ¿A S. Eustaquio? ¿qué tenemos que hacer en la iglesia?

BERNARD. Buscar un confesor.

MARTIAL. Mi general ¿quereis confesaros?

BERNARD. Esta no es cuenta tuya.

MARTIAL. Es que si teneis que acusaros de todo me parece que la cosa irá larga. (*En tono de chanza.*)

BERNARD (*ap. y animándose*). Sí, iré á S. Eustaquio; hablaré á este abate Saviniano, le interesaré en la suerte de esta pobre mujer tan injustamente condenada... Pero ¿y si este sacerdote no quiere hablar so pretesto de que es un secreto de conciencia el que posee?... No le hace, hablará, hablará, aunque fuera preciso conducirle delante del papa.

MARTIAL. ¿Ir á Roma, mi general? pues si hemos de ir hasta allí, no nos acostamos esta noche.

BERNARD. No tengas cuidado, aunque tampoco para nos-

otros seria la primera. Mira, abre la puertecilla del jardin, á donde voy á aguardarte, y vuelve pronto con un carruaje.

ESCENA III.

DICHOS. ELENA.

ELENA. ¿Un coche, amigo mio? ¿para quién le pedís?

BERNARD. Para mí, Elena.

ELENA. ¿Pensais en salir esta noche? Imposible. ¿Y nuestra fiesta?

BERNARD Decid mejor la vuestra, querida.... Brillar, ser obsequiada, gozar de la sociedad, este es vuestro derecho; dejadme á mí el mio. Yo tengo necesidad de aislamiento, de libertad... El baile ha sido tan exigente que ni mi gabinete ha querido respetar: lo mismo ha pasado con el pabellon del jardin... de modo que no encontrando en mi casa lo que busco, trato de ir á proporcionármelo fuera.

ELENA (*al oido de Bernard*). ¿Y si os digo que el porvenir de vuestro hijo depende en mucha parte de que permanezcais esta noche en el baile?...

BERNARD (*sorprendido*). ¿El porvenir de mi hijo?

ELENA. Mas tarde os lo esplicaré. (*A Martial.*) Martial, el señor conde ha cambiado de parecer, no sale.

MARTIAL (*ap.*) Tanto mejor; así como así tampoco hubiéramos encontrado á Mariana...

ELENA. Y disponed lo necesario para que sea desocupado al momento el gabinete del señor conde.

MARTIAL. Se hará como lo mandais, señora. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

BERNARD. ELENA.

BERNARD. ¿Me dirás ahora como puede ser que mi ausencia pudiera comprometer esta noche el porvenir de Victor?

ELENA (*haciéndole sentar y sentándose junto á él*). Muy fácilmente, amigo mio; el baile que damos esta noche tiene una significacion política de tanto valor, que el mismo rey se ha alegrado de ello como si hubiera alcanzado una gran victoria. No presentaros esta noche en los salones, seria declarar abiertamente la guerra á aquel que os cree ya conquista suya... Pensad en vuestro hijo, esposo mio; ¿no os gustaria ver que Victor se inaugura dignamente en la carrera de los honores y de los altos destinos?

BERNARD. Mucho; pero despues de haber combatido en otro tiempo contra el gobierno actual, deber mio es no pedir gracia alguna ni para el padre ni para el hijo.

ELENA. Pues yo la he solicitado, y la he obtenido.

BERNARD. ¿Vos?... ¿en mi nombre?

ELENA. No; en el mio... La hija del emigrado se ha servido de su crédito para mostrar su gratitud al general del imperio. Pensando en Victor ha creido le seria interesante confiarle una mision científica léjos de Francia. Victor como todo jóven francés está en la obligacion de prestar grandes servicios á su patria que un dia pueden conducirle al apogeo de la gloria, si vos no quereis que se diga de los príncipes y condes del imperio lo que tantas veces se ha dicho de los príncipes y condes de la monarquía, es decir, que sus antepasados ganaron los títulos de nobleza y sus descendientes no han contraido mas mérito para llevarlos que el haber nacido de sus padres.

BERNARD. Nunca, cuerpo de tal, nunca se dirá esto de mi hijo.

ELENA (*ap.*) Bien, Victor partirá. (*Alto.*) Por lo demás, ya podeis comprender cuan mal interpretada seria vuestra ausencia y cuan sensible para mí. ¿Qué decis? ¿debo temer esta pesadumbre?

BERNARD. No, Elena; permaneceré en casa; os lo prometo.

ELENA. ¿Y no os dejareis ver en el baile?... aunque solo

sea por un momento, estaria con ello tan contenta...

BERNARD. Veremos, Elèna, veremos; ya sabeis que yo soy enemigo de la etiqueta.

ELENA. Podeis presentaros con el traje que mejor os acomode. Una sola cosa exijo de vos; que os condecoreis con todas vuestras cruces.

BERNARD. Esto es lo de menos; pero ¿qué causa...

ELENA. Ninguna; solamente que estoy tan orgullosa cuando os veo con esas distinciones...

BERNARD. Vamos, sereis obedecida.

ELENA. Y cuando he dicho con todas vuestras cruces, he querido decir, hasta con la última.

BERNARD. ¿Qué cruz es esta última?

ELENA. La gran cruz de S. Luis.

BERNARD. Si yo no tengo esta cruz.

ELENA. La teneis, señor conde: desde esta mañana sois caballero de la órden. El rey que se cree reconciliado con vos ha querido fuerais comprendido en las últimas promociones.

BERNARD. ¿A mí la gran cruz de S. Luis? Imposible. Si en mi uniforme uso aquellas que concedia el emperador, es porque mi conciencia me dice las he ganado á costa de mi sangre. En cuanto a la de S. Luis, como cabalmente he obrado de un modo contrario del prefijado para obtenerla, al adornarme con ella el pecho creeria insultar a los que la han ganado con toda lealtad.

ELENA. ¿Como? ¿rehusais?

BERNARD. Sí, Elena, sí, rehuso; no exijais que sacrifique este legítimo escrúpulo á las debilidades de vuestra vanidad y de vuestros caprichos.

ELENA. ¿De mis caprichos? Es muy posible, general; pero, sin que sea ofenderos, ¿no he sacrificado yo a los vuestros bien pocos dias hace, mas que un escrúpulo, porque se trataba de una amiga de la infancia, de una hermana de leche, de mi camarera, en fin, á quien despedí porque no era de vuestro agrado?

BERNARD. Mucho que no. Una criada que se habia hecho

mas señora que vos misma. No parecia sino que era tanta la necesidad que teniais de sus servicios que para merecerlos os habiais impuesto la obligacion de sufrir todas sus impertinencias.

ELENA. Vuestra antipatía, esta era su mayor falta: ¿qué importa? Para complaceros no dudé un momento en separarme de ella luego que pude despedirla con cierta apariencia de razon, y lo que es mas, la que he recibido para sustituirla, la he tomado por recomendacion de Martial, vuestro protegido, vuestro factotum.

BERNARD. Sí, ya me ha dicho que os habia recomendado á cierta muchacha...

ELENA. La viuda de uno de sus camaradas.

BERNARD. Me alegro.

ELENA. Y no tengo porque quejarme de la protegida de Martial; es inteligente, discreta y adicta á mi persona. *(Cambiando de tono.)* ¿Con que es cosa convenida, general? Esta noche os presentareis condecorado con la nueva cruz. Está en mi gabinete, y os la voy á enviar por María.

BERNARD. ¿María?

ELENA. Sí, mi nueva camarera. *(Aparecen en el fondo Edgardo y Tourville.)*

ESCENA V.

LOS MISMOS. EDGARDO. TOURVILLE.

BERNARD. ¿Quién está ahí?

ELENA. El doctor Edgardo de Bussieres y el caballero que os presentó antes, el baron de Tourville.

BERNARD *(ap.)* ¡Ah! sí, el ex-proveedor.

ELENA *(á Edgardo y á Tourville)*. Señores, podeis pasar adelante; el general tiene á mucho placer el poder recibiros.

BERNARD. Es muy cierto, pero acercaos, caballeros; ya

veis que yo no puedo ir á buscar á nadie; es preciso que me vengan á buscar á mí.

ELENA. Doctor, creo que habreis recibido mi invitacion, y que esta noche sereis de los nuestros. El Sr. de Tourville ¿me dispensará por su parte igual obsequio?

TOURVILLE. Os doy mil gracias, señora, pero yo no acostumbro á frecuentar las grandes reuniones. El estado de mi salud no me lo permite.

EDGARDO. El señor baron desearia hablar un momento á solas con el señor conde, y en cuanto concluyais, general, tambien tengo yo que deciros algo.

BERNARD. ¿De parte de vuestra familia?

EDGARDO. Precisamente.

ELENA. Vamos, doctor; dejemos solos á estos caballeros; venid, dadme el brazo y juzgaremos ambos de los preparativos de la fiesta.

EDGARDO. La señora condesa me tiene á sus órdenes. *(Elena toma el brazo de Edgardo, y vánse los dos por el fondo.)*

ESCENA VI.

BERNARD. TOURVILLE.

BERNARD *(sentándose)*. Servíos imitar mi ejemplo, señor baron.

TOURVILLE *(sentándose)*. Lo haré así y en muy pocas palabras os diré el motivo de mi visita. Hace algunos dias tuve el honor de verme con vos para tratar de la adquisicion de la alquería de Chavenay que tratabais de enajenar.

BERNARD. Así es; y tambien que sobre la marcha nos pusimos de acuerdo. Por cierto que no siempre ha sucedido del mismo modo; cuando vos erais proveedor y teniais que habéroslas con algun general... ¡ay! señor baron, ¡y como cambian los tiempos!

TOURVILLE. ¡Y los hombres, señor conde! ¡y los hombres!... Por lo demás, lo que yo vengo á pediros es

que si ser puede tengais como no hecha la proposicion que entonces os hice.

BERNARD. ¿Es decir que no quedasteis contento del contrato? Vos que nunca tuvisteis porque arrepentiros de los vuestros... Hablo de los antiguos, baron.

TOURVILLE. Quizás no del todo, conde.

BERNARD. Que siempre me haya yo de dejar arrebatar por este odio que los soldados de la república profesaban á los pobres proveedores... Como si á ellos no debiéramos mas de una victoria.

TOURVILLE. Exagerais nuestros servicios, general...

BERNARD. No, no tal. Cuando, lo que no dejaba de ser frecuente, dejabais sin provisiones al ejército francés, muy natural era que fuéramos á buscar en el campamento del enemigo lo que no se encontraba en el nuestro... Pero perdonadme, querido amigo, si saco aquí á colacion algunos de vuestros pecadillos antiguos... Perdonadme, ya sé yo lo que son estas cosas. Hablemos de mi alquería. ¿No os parece ahora bastante oportuna su adquisicion? ¿quereis romper la escritura?

TOURVILLE. Os diré, señor conde; yo habia pensado convertir la alquería en un asilo de beneficencia, y ahora me encuentro con que no puedo realizar mi objeto.

BERNARD. Como querais, ni me alegro ni lo siento. El producto de la alquería lo tenia ya destinado para Martial; quiere decir que en lugar del dinero tomará la finca.

TOURVILLE. Os doy mil gracias, señor conde *(levantándose)*. Ahora permitid que me retire. Vivo en un barrio algo apartado y tengo esta noche en mi casa...

BERNARD. ¿Algun baile, señor baron?

TOURVILLE. No, una reunion del comité de beneficencia... todos sacerdotes... de Sta. Isabel, S. Eustaquio, santa Sofía...

BERNARD *(levantándose)*. ¿Conoceis algunos sacerdotes de S. Eustaquio?

TOURVILLE. Conozco algunos, sí.

BERNARD. ¿Y al abate Saviniano, por ejemplo?

TOURVILLE (*sorprendiéndose*). ¿Al abate Saviniano?..... Mucho, es miembro de nuestro comité.

BERNARD. ¿Y si yo os suplicára que me presentarais á él, baron?...

TOURVILLE. La comision seria para mí sumamente honrosa; pero, que os presenteis á él conmigo ó solo, el abate Saviniano será para vos lo que es para todo el mundo; consejero esperto y juez severo. (*Aparece Mariana en la puerta de la derecha llevando en la mano una cinta y una cruz.*)

ESCENA VII.

DICHOS. MARIANA.

MARIANA (*iba á entrar y se detiene*). Alguno hay allí con él, aguardaré.

BERNARD (*á Tourville*). ¿Y si quisiera pedirle...

TOURVILLE (*interrumpiéndole*). Dispensadme, conde; quizás lo que tengais que decirme sea parte de algun secreto, por lo que os advierto que no estamos solos. Hay allí aguardando una mujer que parece ser del servicio de la casa.

BERNARD. ¡Ah! si, ya sé; es María, la camarera de la condesa. No quiero deteneros, señor baron... ya haré yo que me conduzcan á vuestra casa y juntos iremos á encontrar á esta persona.

TOURVILLE. Cuando gusteis, general. (*Ap.*) ¿Qué interés tendrá en conocer al abate Saviniano? (*Se dirige á la puerta del fondo para salir y encuentra en ella á Mariana; la reconoce y dice con espanto*:) ¿Qué es lo que veo? esta mujer... es ella... ¿ella en esta casa?... ¡ah! ya comprendo. El general lo sabe todo; una palabra no mas podria perderme. (*Mariana ocupada en contemplar á Bernard no ha distinguido á Tourville que sale por el fondo.*)

ESCENA VIII.

MARIANA. BERNARD.

BERNARD. Ya ha partido el baron; acercaos, María, ¿no es así como creo que os llaman?

MARIANA (*conmovida y á media voz*). Sí, señor.

BERNARD. Segun me han dicho, habeis entrado á servir á la señora condesa por recomendacion de Martial?

MARIANA. Sí, señor, de Martial.

BERNARD. Que fué camarada de vuestro marido, un antiguo soldado de la república y del imperio, que os ha dejado viuda.

MARIANA. Sí señor, viuda.

BERNARD. ¡Pobre mujer! Bien, ya hablaremos de esto mas tarde, cuando nos conozcamos mejor. Por de pronto, creo que venís á traerme un encargo de vuestra señora, una cruz ¿no es esto?

MARIANA (*con timidez y á cierta distancia*). Sí, señor.

BERNARD. Pues traedla; acercaos; ¿no sabeis, María, que á mí me esta vedado el ir á buscar nada?

MARIANA (*acercándose, y entregándole la cruz*). Aquí la teneis. (*Da algunos pasos hácia el fondo.*)

BERNARD. ¿Adonde vais? escuchad. Puesto que absolutamente se han empeñado en que he de usar esta cruz, clavadla vos misma en mi pecho.

MARIANA (*dudando*). ¿Yo?

BERNARD. Vos; ¿qué os estraña? Acercaos; ¿dudais?... María, ¿me teneis miedo?

MARIANA (*adelantándose con voz sofocada*). ¡Oh! no. (*Toma la cruz de manos de Bernard, y temblando la coloca en su pecho.*)

BERNARD (*conociendo la emocion de Mariana*). ¿Decís que no os causo miedo... y no obstante jurára que estais temblando... (*La coge una mano.*) Sí, sí, temblais; vuestra mano esta helada... esto no es natural. (*Mariana quiere desasirse. Bernard la toma la otra

mano y la detiene á la fuerza, mirándola como si pudiera verla. Momento de silencio durante el cual Mariana quiere reponerse, pero arrancando en llanto, aumenta la turbacion de Bernard. La fisonomía de este espresa sucesivamente la inquietud, la duda, luego la conviccion y al fin esclama:) ¡Ah! no, no me engañas, te he reconocido; eres tú... eres Mariana!

MARIANA. Silencio, Bernard. (*Mira al fondo con espanto como si temiera ser sorprendida, y luego dice con tono de suplica:*) Silencio, señor conde.

BERNARD. ¿Tú aquí? ¡imprudente!

MARIANA. ¡Oh! no; imprudente no: juzga por al contrario con que cuidado he sabido guardar mi secreto; con cuanta fuerza he dominado mi corazon. Ocho dias hace que habito en esta casa, y no obstante tú lo ignorabas; ocho dias hace que paso horas enteras al lado de mi hijo, y sin embargo fuerte contra mi felicidad, celosa de perpetuarla nada ha podido hacer traicion á mi voluntad de madre; y cada vez que paso por junto á mi hijo, cada vez que este me dirige la palabra, el corazon quiere salirse del pecho, y no obstante fijo en él los ojos, y mi mirada es tranquila; le dirijo la palabra y mi voz no se conmueve... ¡ah! desafio al ojo mas ejercitado, al espíritu mas sagaz, á que adivine, aun estando Victor en mi presencia, que esta criada, tan entregada al parecer á sus quehaceres, es una madre que vela por su hijo.

BERNARD. No dudo de tu valor, Mariana; al contrario, lo admiro. Pero ¿tú en mi casa y en semejante estado? ¿tú una criada?

MARIANA. ¿Qué importa el título con que me conozca Victor, con tal que yo no sea una estraña para él? De otro modo, ¿me hubierais dejado pasar la vida á su lado?

BERNARD. Era imposible.

MARIANA. Era imposible, lo sé; imposible, como lo era para mí renunciar á la vista de mi hijo. No te aver-

güences pues del destino que el amor me ha hecho aceptar, porque aun á este precio, compro sobradamente barata la inmensa felicidad que poseo.

BERNARD. ¡Noble corazon! un dia vendrá, lo espero, en que podrás descubrirte á tu hijo.

MARIANA. Nunca, nunca Victor sabrá que yo soy su madre.

BERNARD. ¡Quién sabe! quizás este abate Saviniano...

MARIANA. Me he presentado ya á él.

BERNARD. Y bien.

MARIANA. Noticioso de mi fuga me aguardaba para ofrecerme, en nombre de un desconocido, una cantidad de dinero y un asilo léjos de París. Que mano sea esta que envuelta en las sombras del misterio parece querer servirme de apoyo, el abate Saviniano no ha podido ó no ha querido decírmelo: pero como quiera que lo que yo iba á pedir al sacerdote eran las pruebas de mi inocencia, he rehusado la limosna que se me hacia y con que al parecer trata de pagarse mi desgracia.

BERNARD. Dime, Mariana; el dia de tu llegada, Victor te vió conmigo en el jardin de esta casa, ¿cómo no te ha reconocido cuando te has presentado para entrar al servicio de la condesa de Saint-André?

MARIANA. Victor me ha reconocido y acogido con suma bondad.

BERNARD. Ahora comprendo el silencio de Martial... ¿Y Victor? ¿cómo Victor nada me ha dicho de ello?

MARIANA. Yo le supliqué guardára el secreto, y Victor le ha guardado.

BERNARD. ¿El secreto?... ¿Y con qué título?

MARIANA. Me cree la viuda de uno de tus compañeros de armas, arruinado por los reveses de la fortuna. Cree conocer el misterio de mi vida y en cambio poco á poco me ha dejado adivinar los deseos de su corazon. Victor ama, y es correspondido: para que sea feliz, basta con que tú lo quieras. Y tú lo querrás, ¿no es esto?

BERNARD. ¡Oh! sí, sin duda; pero... creo que alguien viene.

MARIANA *(mirando al fondo)*. Sí, es él, mi hijo con su amigo el Sr. Edgardo.

BERNARD *(apartando con dulzura á Mariana)*. Mariana...

MARIANA. Estad tranquilo, general; aquí ya no hay mas que María.

ESCENA IX.

DICHOS. VICTOR. EDGARDO, que salen del brazo.

VICTOR. Cuando digo que no te suelto... lo que es por esta vez, Edgardo, si quieres hablar á mi padre, lo harás en mi presencia.

EDGARDO. Sea; consiento en ello, porque traigo buenas noticias.

BERNARD. ¿Buenas noticias? Oigamos.

MARIANA *(iba á salir y se detiene)*. No, me quedo. *(Hace como que arregla unas flores.)*

EDGARDO. Habeis de saber pues... *(viendo á Mariana.)* Nada, ya os lo diré cuando estemos solos.

VICTOR *(viendo á Mariana)*. ¿Dices esto por Maria? Pues mira, ya puedes seguir adelante. María no está en esta casa como una criada. ¡Pobre María! *(acercándola hácia su padre)*. Habeis de saber, padre mio...

BERNARD. Lo sé todo, Victor, lo sé todo.

VICTOR. Entonces ya comprendereis el interés que me inspira. Edgardo, hazte cargo que estamos en familia y date prisa en desembuchar estas buenas noticias.

EDGARDO. Todo va del mejor modo que podíamos esperar. Mi hermana y yo nos hemos pronunciado; los principales parientes han sido vencidos, y tu matrimonio ha sido votado y decretado.

VICTOR. Hace media hora que vienes conmigo ¿y no me lo has dicho? Vamos; si estos doctores son la gente mas cruel... Ellos, es cierto que os devuelven la

vida, pero os hacen pasar primero mas tormento...

BERNARD (*dando la mano á Edgardo*). Gracias, Sr. de Bussieres, os debo una gran satisfaccion.

VICTOR. Decid mas; decid que le debeis á vuestro hijo, porque ahora ya puedo decirlo; si me hubiera sido preciso renunciar al amor de Clotilde, la desesperacion me hubiera quitado la vida.

MARIANA (*vivamente*). Sr. Victor, no digais esto delante... (*reprimiéndose*) delante de vuestro padre.

EDGARDO. Señora, ¿creeis vos que nosotros le hubiéramos dejado cometer semejante locura?

VICTOR (*á Edgardo*). ¿Y para cuando se ha fijado mi matrimonio?

EDGARDO. Esta fecha no puede fijarse hasta tanto que el señor conde haya cumplido con una última formalidad. Entre los papeles de Victor falta un documento, que, segun tengo entendido, el general no podrá proporcionarse con tanta facilidad.

BERNARD. ¿Un documento?

VICTOR. ¿Cuál?

EDGARDO. La partida de defuncion de vuestra madre. Presentado este documento, Victor será mi hermano. (*Victor baja la cabeza. Mariana se apoya en una silla para no sucumbir á su emocion. Bernard se deja caer en un sofá.*)

BERNARD (*ap.*) ¡Gran Dios!... ¿y delante de ella?...

ESCENA X.

DICHOS. MARTIAL.

MARTIAL (*entrando por la izquierda*). General, general.

BERNARD. ¿Qué quieres?

MARTIAL (*llamándole aparte*). Vuestro suegro el marqués de Beauferrant acaba de llegar.

BERNARD. Bien; avisa á la condesa

MARTIAL (*ap. al general*). Es á vos á quien dice quiere

hablar inmediatamente : ha entrado secretamente por la escalera reservada y se ha precipitado como un loco en vuestro gabinete. Si vierais que pálido está! que agitado! «Ve á avisar á tu señor y á él solo darás parte de mi visita,» me ha dicho; y echándose sobre un sofá, ha apoyado la cabeza en las dos manos, con todos los visos de estar desesperado.

BERNARD *(ap.)* ¿Qué será esto? *(Alto.)* Hasta luego, doctor : tenemos que hablar todavía... y contigo tambien, Victor. Martial, dame tu brazo. *(Al irse dice á Martial:)* Díme ¿llora Mariana?

MARTIAL. ¿Mariana? ¡Diablo! ¿sabeis ya...

BERNARD. Lo que yo quiero saber es si Mariana llora.

MARTIAL. No, general.

BERNARD. Pobre madre! ¡qué corazon! *(Vanse por la izquierda.)*

ESCENA XI.

EDGARDO. VICTOR. MARIANA, *(luego)* ELENA.

EDGARDO. Y bien, Victor, ¿de qué proviene ese aire triste y melancólico? Al hablar de la muerte de tu madre no he creido renovar la herida de una reciente pérdida. Cien veces me has dicho que tú nunca has conocido á tu madre.

VICTOR. Es cierto, amigo mio; pero no he sido dueño de contener mi emocion. Es muy natural. Verdad es que yo nunca he conocido á mi madre, pero durante mucho tiempo he creido encontrarla un dia ú otro; perdóname, amigo mio, esta es la primera vez que un pensamiento triste ha venido á turbar la idea de mi felicidad.

MARIANA *(ap.)* Se acuerda de mí. ¡Dios mio! y no poder decirle, yo te quiero, te amo, te bendigo!

ELENA *(entrando por el fondo en traje de baile)*. ¿Estais aquí, Victor? hacia rato que os andaba buscando. Tengo que hablar con vos. *(A Edgardo.)* Doctor, os

participo que en el número de mis convidados acabo de saludar á vuestra madre y hermana.

VICTOR *(con alegría)*. Clotilde aquí?

EDGARDO. Sí, es una sorpresa que te teníamos preparada. Con vuestro permiso, señora, voy á saludarlas. *(Vase por el fondo.)*

ELENA *(á Mariana)*. María, algunas señoras reclaman el auxilio de mi camarera; pasad á mi gabinete donde teneis que hacer.

MARIANA. Voy, señora. *(Ap. y mirando á Victor.)* Hijo mio, tú serás feliz aunque me cueste la vida. *(Vase.)*

ESCENA XII.

ELENA. VICTOR.

VICTOR. ¿Teneis alguna cosa que pedirme, señora?

ELENA. Saber si podriais darme razon de una lista de convidados que ayer entregué á Martial, y...

VICTOR. Y que no os ha sido devuelta ¿no es esto? Pues no echeis la culpa á nadie. Esta lista la guardé yo involuntariamente.

ELENA. ¡Ah! ¿la teneis vos? Me lo figuré, y por esto no pasé cuidado. Temí en un principio que se hubiera perdido.

VICTOR. ¿Deseais recobrarla?

ELENA. Sí; tengo que ver en ella... Todas las personas á quienes deseé reunir en mi baile me han contestado ó aceptando la invitacion, ó escusándose por su ausencia: una sola no me ha escrito y temo haber padecido un olvido con ella.

VICTOR *(ap.)* Comprendo. *(Alto.)* Pues de esta duda, sin ir a buscar la lista, que en este momento no traigo encima, puedo yo sacaros fácilmente.

ELENA. Imposible que entre tantos nombres podais recordar...

VICTOR *(interrumpiéndola)*. Perdonadme, pero me acuerdo de todos; tengo yo una escelente memoria para

estas cosas..... y si, por ejemplo, se tratára del caballero Gaston de Montclar, podria desde aquí responderos que no os le habiais olvidado, y que su nombre estuvo antes en la lista.

ELENA. Y estará todavía.

VICTOR. Dispensadme, señora; pero yo me he tomado la libertad de borrarle, y por consecuencia, de suprimir todo escrito de invitacion.

ELENA. ¿Y con qué derecho, caballero?

VICTOR. Con derecho ó sin él no me gusta ver al caballero Gaston de Montclar en la casa de mi padre.

ELENA. ¿Como? ¿pensais que debo someter á vuestro capricho la admision de mis amigos? Caballero, ¿sois mi hijastro ó mi juez?

VICTOR. Si yo fuera vuestro juez, señora, haria lo mismo que he hecho sin serlo, sin que me tomára la molestia de escusarme con vos.

ELENA. Victor, sois muy atrevido.

VICTOR. He decidido que el Sr. de Montclar no concurriera á este baile, y he borrado su nombre de la lista, y he rasgado su esquela de invitacion.

ELENA *(sonriendo)*. Pues siento que os hayais tomado un trabajo tan inútil.

VICTOR. ¿Cómo? *(óyese una voz que anuncia:)*

AYUDA DE CÁMARA. El caballero Gaston de Montclar. *(Abrense las puertas del fondo, y entran este y los convidados.)*

VICTOR. Es mucha audacia y yo sabré castigarla.

ESCENA XIII.

DICHOS. BERNARD. EDGARDO. GASTON. Convidados.

BERNARD *(ap. entrando por la derecha)*. Ya está el marqués mas tranquilo: á toda costa repararé sus faltas, y salvaré su honor que tambien es el mio.

ELENA *(á Bernard)*. General, os estoy muy agradecida por vuestra condescendencia: permitidme que os

conduzca al lado de vuestros amigos. (*Elena conduce á Bernard y le deja luego rodeado de convidados.*)

EDGARDO (*á Elena*). Señora condesa, vuestra fiesta promete ser deliciosísima.

ELENA. Gracias, Sr. de Bussieres. (*Acercándose á Gaston.*) Victor me ha declarado la guerra, medid vuestras palabras, desconfiad hasta de vuestras miradas, porque se aprovechará del menor pretesto para dar un escándalo.

GASTON. Tanto mejor; prefiero una guerra abierta á una lucha sorda y encubierta.

EDGARDO (*dirigiéndose á Victor que está pensativo*). ¿Estas tenemos, caballerito; aquí medio dormido mientras Clotilde ha aceptado ya tres compromisos? No, pues como tardes en hacerte escribir no bailas con ella en toda la noche.

VICTOR. Gracias por este recuerdo, Edgardo: luego tendré el gusto de ir á escusarme con vuestra hermana.

EDGARDO. ¿Qué es luego? parece que no te trae la cosa muy desazonado. En fin, como quieras; yo voy á buscar por aquí á uno de mis clientes, un furioso bailarin que se ha empeñado en perder la salud á fuerza de hacer piruetas y á quien por esta noche prohibo bailar como no sea conmigo. (*Mézclase entre los grupos.*)

VICTOR (*para sí*). No; la traicion de esta mujer, la audacia de su amante no pueden quedar impunes. Yo no puedo denunciarles á mi padre, pero sí puedo vengarle de quien tan vilmente le ofende.

BERNARD (*saliéndose del grupo que le rodea y dirigiéndose á todos*). Señores, la distincion que el rey ha hecho conmigo me honra en demasía, pero son tan pocos los méritos que he contraido para obtenerla que á la verdad no puedo, no debo admitir vuestras enhorabuenas.

GASTON. General, el rey ha hecho con vos cumplida justicia: quien podria usar vuestro lenguaje soy yo; yo

que, si me condecoro con la gran cruz de S. Luis, á la bondad de S. M. únicamente la debo.

BERNARD. ¿Con que sois tambien de los agraciados?

ELENA *(apoyándose en el brazo de Bernard)*. Sí, amigo mio, el nombre del Sr. de Montclar ha salido al lado del vuestro en el *Moniteur*. Gaston ha sido incluido en el número de los condecorados últimamente.

VICTOR (*ap.*) Gracias, Gaston, tú mismo me has proporcionado el pretesto que yo andaba buscando. (*Alto y dirigiéndose hácia su padre.*) En efecto, padre mio, el Sr. de Montclar es tan caballero como vos; verdad es que él tiene veinte y cinco años y vos sesenta, ¿qué importa? Un pedazo de cinta ha igualado las distancias. Verdad es tambien que vuestras hojas de servicio atestiguan vuestros grandes hechos de guerra, pero el señor de Montclar cuenta no pocos triunfos alcanzados sobre débiles mujeres, consignados todos en la crónica escandalosa de los salones. Sin embargo por lo visto sus conquistas valen tanto como las vuestras cuando el Sr. de Montclar es tan caballero como vos.

BERNARD. Victor.

GASTON. Señor mio, semejante insulto...

VICTOR. ¿Quién es el que tiene aquí derecho á creerse insultado, cuando vos, un desconocido, un hijo de ayer, confundiendo con el precio de la intriga la recompensa del mérito, osais decir á un ilustre anciano: entre los dos no media distancia alguna, somos iguales, soy tan caballero como vos?

BERNARD. Basta, hijo mio, basta.

ELENA. Este jóven ha perdido la razon.

GASTON. Victor.

ELENA. General, ¿no hareis uso de vuestra autoridad para poner un término á semejante escándalo?

BERNARD. Por mas que discurro no puedo esplicarme este arrebato de mi hijo; no obstante debe una reparacion y la dará. Sr. de Montclar, quedaos; Victor, quedaos tambien, os lo mando: y vosotros, amigos

mios, testigos de esta dolorosa escena, retiraos por un momento: cuidad que no se trasluzca, y dejadme á solas con estos jóvenes: yo os prometo no dejarlos salir hasta tanto que el ofensor se haya escusado con el ofendido. (*Todos los convidados se retiran con Elena, cerrando las puertas del fondo.*)

ESCENA XIV.

BERNARD. VICTOR. GASTON, (*luego*) MARIANA Y ELENA.

BERNARD (*con entereza*). Victor, habeis sin motivo alguno ultrajado indignamente al Sr. de Montclar: vuestro padre os manda pedirle perdon.

VICTOR (*en voz baja á Gaston*). Sr. de Montclar, habeis hecho traicion y deshonrado cobardemente á un anciano, y su hijo os manda que os arrodilleis delante de él.

GASTON. ¿A mí?

BERNARD (*á Victor*). El arrepentimiento que no puedo leer en vuestros ojos, óigale al menos de vuestro labio.

VICTOR (*á Gaston*). Mi padre no puede veros, pero Dios os verá.

GASTON. Esta violencia...

VICTOR. Obedeced, (*mostrándole á Elena que aparece por la izquierda*) ó todo se lo descubro. (*señalando á su padre.*)

BERNARD. ¿Dudais, Victor? pues tened entendido que en humillarse y en reconocer el agravio que se hace, hay mas valor de lo que vos pensais.

VICTOR (*á Gaston*). ¿Oís, caballero? mi padre os aguarda. (*Aparece Mariana por la derecha. Elena hace un gesto de súplica á Gaston.*)

MARIANA (*ap.*) ¿Qué es lo que aquí pasa, Dios mio?

BERNARD. Por la última vez, Victor, os mando reconocer vuestra falta.

VICTOR (*arrodillando á la fuerza á Gaston*). El culpable está delante de vos, padre mio.

ELENA Y MARIANA *(ap.)* ¡Oh!

BERNARD. Estará, pero no oigo sus escusas.

VICTOR. El culpable está arrodillado; se arrepiente de sus agravios y reconoce que ha olvidado los deberes que esta casa le imponia; el respeto debido á vuestras canas.

BERNARD. Pero el culpable debe escusarse con el ofendido.

VICTOR. El culpable está pidiéndole perdon en este momento.

BERNARD. Bien, Victor, bien; tu proceder es justo, tu conducta leal.

VICTOR. ¡Oh! ya lo sabia yo, padre mio.

BERNARD. Señor de Montclar, vuestra mano. *(Gaston se levanta y le tiende la mano.)* Estréchala, Victor, *(junta las manos de los dos jóvenes)*. Bien; estoy contento de vosotros. *(Subiendo al fondo y abriendo las puertas:)* Señores, todo está olvidado; el Sr. de Montclar acepta las esplicaciones que le ha dado mi hijo.

GASTON *(que tiene todavía cogida la mano de Victor)*. Estoy en paz con vuestro padre, caballero.

VICTOR. Caballero, mañana lo estaré yo con vos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon en casa del general.

ESCENA I.

(*Elena sola sentada junto á una ventana lateral , y fija la vista en un reloj colocado sobre la chimenea. Encima una mesa arde una vela que se está consumiendo. Amanece.*)

ELENA. Y María no vuelve... Tres horas ha que la aguardo , tres horas de agonía. ¡ Oh! Gaston no se batirá; tendrá piedad de mí... Esta carta que le ha llevado María , esta carta bañada con mis lágrimas, que he escrito de rodillas... El dolor me habia quitado la razon , estaba loca al escribirla (*llora*). La vida de Gaston es mi vida; para impedir este duelo todo lo he olvidado... el desprecio del mundo , la miseria, el remordimiento, todo, venga todo sobre mí, pero que viva , Dios mio, que viva ! (*Se levanta.*) Han abierto la puerta de la calle... la han abierto tantas veces sin que entrára María !... Oigo pasos en la escalera escusada... No ; lo que es ahora no me equivoco ; es ella, sí , es ella.

ESCENA II.

ELENA. MARIANA.

ELENA (*corriendo á Mariana sin dejarla hablar*). Una palabra , María , una palabra de vida ó de muerte. ¿Se batirán ?

MARIANA (*con alegría*). No, señora.

ELENA. Salvado.

MARIANA. ¡Oh! sí, señora, sí: el señorito Víctor se ha salvado.

ELENA (*conteniéndose*). ¡Loado sea Dios!... Pero ¿qué es lo que os ha dicho el Sr. de Montclar? ¿le habeis visto? ¿le habeis hablado? ¿ha leido mi carta?

MARIANA. Me habiais dicho, esta carta evitará el duelo; si llega á manos del Sr. de Montclar, nada tenemos que temer por Victor. Nada mas he querido oir y he corrido á llevar la carta; pero nueva en esta inmensa capital me estraviaba cada vez mas perdiéndome en un laberinto de calles desiertas y desconocidas para mí. Por fin, comenzaba á despuntar el dia cuando rendida de fatiga he dado con la casa del Sr. de Montclar.—Mi amo acaba de entrar, me ha dicho el conserje, y no recibe á nadie.—Entonces supliqué á este hombre, le rogué con tal instancia que espantado al ver mi conmocion, mi palidez, se decidió á conducirme. Llegamos á la puerta del cuarto del caballero, pero un nuevo obstáculo encuentro allí: un criado inexorable me rechaza, quiere echarme á fuera, cerrar la puerta... ¡Oh! entonces, señora, he olvidado vuestra espresa recomendacion, lo he olvidado todo, y he gritado á este criado: vengo de parte de la señora condesa de Saint-André, va en ello la vida de un hombre. Al oir estas palabras, el criado se ha decidido á conducirme junto á su dueño. El Sr. de Montclar desconfió en un principio de mí.—¿Venís en efecto enviada por la señora condesa de Saint-André?—Sin contestar palabra le he entregado vuestra carta, y al leerla palideció, se oprimió su pecho, sus manos temblaron. Se levantó y acercándose me dijo: en este momento no puedo escribir á la Sra. de Saint-André; decidla no obstante que el caballero Victor no corre riesgo alguno.—¿Con que no os batireis? le dije yo.—Decid á la señora condesa que todo se hará como ella desea.

—Estas palabras me hicieron tan feliz (*conteniéndose*), feliz por la satisfaccion que os iban á causar, que he cubierto de besos y de lágrimas la mano que el Sr. de Montclar me tendia. No he querido ver ni oir mas; he salido de aquella casa, y por esta vez he sabido encontrar sola y directamente el camino de la vuestra. ¡Oh! es que despues de haberos inspirado semejante idea, señora, Dios me ha conducido con su invisible mano.

ELENA. María, nunca olvidaré el celo que habeis mostrado en servirme. Ya sé que viuda de un antiguo camarada del Sr. de Saint-André permaneceis fiel al recuerdo de vuestro pasado, y sois adicta asi al general como á su hijo. Pero como uno y otro deben ignorar cuanto habeis trabajado para ellos esta noche, yo sola me encargo de agradeceros y pagaros este servicio.

MARIANA (*apagando la bujía*). Ya es de dia, señora: ¿no pensais en tomar algun descanso?

ELENA (*ap.*) ¡Descanso!...

MARIANA. El Sr. de Saint-André que se levanta muy de mañana acostumbra por lo comun á atravesar este salon para bajar al jardin...

ELENA. Teneis razon, María: es preciso que lo ignore todo. (*Ap. al salir.*) El Sr. de Saint-André, ¡oh! ahora tengo miedo de lo que acabo de hacer. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

MARIANA *sola.*

Todo lo adivino, todo lo comprendo... Bernard, la noble señora ha dado buena cuenta de tu honor; me ha mandado esta mañana á la casa de su amante... y yo, yo me he humillado delante de él... ¿qué me importa si he salvado á mi hijo?

ESCENA IV.

MARIANA. MARTIAL. VICTOR.

(Victor sale por la derecha; Martial por el fondo; el uno se dirige al encuentro del otro.)

VICTOR *(á Martial)*. Gracias á Dios, el Sr. de Montclar...

MARTIAL *(señalando á Mariana)*. Silencio; no estamos solos.

MARIANA *(á Victor)*. ¿Tan de mañana y ya levantado, señorito? *(con inquietud)* ¿tendriais acaso precision de salir?

VICTOR. No, María; la impaciencia me ha tenido desvelado. Aguardo esta mañana al Sr. de Bussieres y...

MARIANA *(sonriendo)*. Ya comprendo.

MARTIAL *(en voz baja á Victor)*. Tengo que hablaros.

VICTOR. María, me he dejado olvidado el reloj encima de mi bufete, ¿quereis hacerme el obsequio de ir por él?

MARIANA. Sí, señor. *(Ap. á Martial.)* Martial, ¿ocurre alguna novedad?

MARTIAL. Ninguna.

VICTOR. María.

MARIANA. Perdonad, señorito. *(Ap.)* Si es al Sr. de Montclar á quien espera, yo le prometo que no vendrá. *(Vase.)*

ESCENA V.

MARTIAL. VICTOR.

MARTIAL *(ap.)* Pobre Mariana! encontrar á su hijo en el momento en que quizás... ¡Oh! no: Dios no lo consentirá.

VICTOR. ¿Qué tienes que decirme? El Sr. de Montclar...

MARTIAL. Ahora acabo de dejarle. Cuando le he dicho que estabais á su disposicion, ha dudado un momento, y luego me ha contestado estas solas palabras: « En

la puerta Maillot, á las ocho, con espada.» Oí, saludé, me vine y heme aquí.

VICTOR (*ap.*) Padre mio, sereis vengado. (*A Martial.*) Gracias. Pero ¿qué tienes? tu mano tiembla.

MARTIAL. Nada, no es nada. El paso que acabo de dar... ¡Voto á una legion de cosacos! mejor hubiese querido ponerme delante de un cañon de metralla.

VICTOR. ¿Tú? ¿tú, antiguo camarada de mi padre? ¿tú tan celoso de su honor como del tuyo? ¿tú que me aconsejabas que era preciso matar á ese hombre?

MARTIAL. Cierto, pero es cuando creia tomar de mi cuenta este trabajo... No... y juro á Dios que si lo hubierais dejado á mi cargo, no habia de desairar á mi palabra.

VICTOR. ¿Has olvidado que mi mano es tan capaz de sostener una espada como cualquier otra? ¿has olvidado que una ofensa hecha á mi padre es una ofensa hecha á mí? ¿has olvidado en fin que las manchas del honor solo se lavan con sangre del ofensor ó del ofendido?

MARTIAL. Señorito, no me digais esto, no me digais que este títere pueda llegaros al pelo de la ropa, porque me volveria loco. ¿Sabeis que idea me se habia ocurrido cuando me ví cara á cara con el Sr. de Montclar? Poca cosa, sacudirle un moflete delante de sus criados: y si hubiera rehusado desafiarse con un plebeyo, como él los llama, nada, cogerle con un brazo, con este solo (*mostrando el brazo derecho*) y arrojarle á la calle por una ventana. (*Hablando consigo mismo.*) Decididamente esta era una idea luminosísima, y tengo todavía el tiempo necesario para realizarla.

VICTOR. ¿Y hubieras querido se dijera, que el general de Saint-André ha sido todo un valiente, pero que su hijo es un cobarde?

MARTIAL. No, vive Dios: nunca querré yo que se diga esto.

VICTOR. Entonces te contentarás con ser mi testigo. Ve

al jardin á aguardarme con los floretes: saldremos por la verja, cuya llave guardas en tu poder.

MARTIAL. Corrientes. Pero decidme ¿antes de salir no ireis á estrechar la mano de vuestro padre? ¡Pobre anciano! si supiera...

VICTOR. Le he visto ya: le he dejado conferenciando con su notario. La presencia del Sr. Dabran ha sido providencial para mí; el general ocupado en sus negocios no ha tenido ocasion de dirigirme pregunta alguna de aquellas cuya contestacion me hubiera podido embarazar, ni menos ha observado que se abrasaba la frente de su hijo. Adios, padre mio, le he dicho, y no ha echado de ver que los suspiros ahogaban mi voz... Sí, perdóname, Martial, al ver quizás por la última vez aquel inteligente y noble rostro no he podido contener mis lágrimas. ¡Oh! es que amo tanto á mi padre.

MARTIAL. Alguien viene.

VICTOR. María, sin duda.

MARTIAL. Conteneos: estad muy sobre vos. Si llegára á sospechar este incidente, seria muy desgraciada y harto sufre la infeliz.

VICTOR. Sí, ya sé que me profesa gran cariño: no le daré este pesar; está tranquilo que nada sabrá.

MARTIAL. Os dejo con ella, mientras voy á poner en regla mis floretes. (*Ap.*) De todos modos mi idea de esta mañana era la mejor de todas. (*Vase.*)

ESCENA VI.

VICTOR. MARIANA.

MARIANA. Aquí teneis vuestro reloj, caballero.

VICTOR. Gracias, María. ¿Como podría yo agradeceros todos los cuidados que me habeis prodigado desde que estais en casa? ¿como podria pagároslos?

MARIANA. Caballero.

VICTOR. ¿Pagároslos hoy mismo?

MARIANA (*sorprendida*). ¿Hoy mismo?

VICTOR. Sí, María; quizás ya no nos volvamos á ver.

MARIANA (*espantada*). ¡Dios mio!

VICTOR (*corrigiéndose*). El ministro acaba de confiarme una mision interesante: puedo recibir hoy mismo la órden para ponerme en camino, y he de partir inmediatamente.

MARIANA (*ap.*) Respiro. (*Alto.*) ¿Y la señorita de Bussieres?

VICTOR. Cuando me afano por ser útil á mi pais, ¿no me hago mas y mas digno de la mujer á quien amo? Es cierto empero que uno no se separa sin sentimiento de las personas que nos son caras. Mi padre á quien no habeis podido ocultar por mucho tiempo vuestra presencia en esta casa, me decia aun esta mañana: ama y respeta á María, no veas en ella una criada, sino una amiga, una verdadera amiga. Esto ya lo sabia yo. La semana última, cuando aquel violento acceso de fiebre me obligó á guardar cama, concluido vuestro trabajo veniais á instalaros en mi cabecera y sin que hicierais caso de mis ruegos, me velabais todas las noches como hubiera podido hacerlo mi madre, mi madre, si Dios me la hubiera conservado. Algunas veces cuando se entreabrian mis pesadas pupilas, os veia en actitud de rogar á Dios por mí, ó contemplando este retrato (*saca un retrato del bolsillo*) de mis primeros años, que mi padre llevaba siempre consigo y que solo me ha devuelto cuando ya no ha podido contemplarle.

MARIANA. Es cierto, caballero: este medallon me recordaba asimismo un niño.

VICTOR. ¿El vuestro?

MARIANA. Sí, el hijo que he perdido.

VICTOR. ¿Ha muerto?

MARIANA. ¡Oh! no, gracias á Dios; vive, es hermoso y bravo; pero me lo quitaron para mandarle léjos, muy léjos, y quizás nunca me será devuelto. Vendrá á tener vuestra edad: tiene algunos rasgos de vues-

tra fisonomía, y cuando contemplaba vuestro retrato, creia verle cuando niño le mecia en mis brazos; cuando os velaba, creia tenerle á mi lado; cuando rogaba por vos, creia rogar por él.

VICTOR. Buena María, no está en mi mano devolveros un hijo que sin duda os ama, como yo hubiera amado á mi madre: no obstante si puedo contribuir á engañar vuestro dolor, tomad, tomad este medallon que os trae á la memoria vuestro hijo. Pensando en él, pensareis algunas veces en mí ¿no es esto?

MARIANA (*conteniendo su llanto*). Siempre, siempre.

VICTOR. Oigo ruido en el cuarto de la condesa: me parece que se dirige hácia aquí: os dejo sola con ella. Adios, María, adios.

MARIANA. ¿A donde vais?

VICTOR. Al jardin á aguardar al Sr. de Bussieres, ó tal vez la órden del ministro. Durante mi ausencia, si efectivamente parto, María, no abandoneis á mi padre. (*Sale precipitadamente.*)

ESCENA VII.

MARIANA. ELENA.

MARIANA. ¿Partir Victor? sí; mas vale: si se quedára, á cada momento estaria temblando por él. ¡Ah! Bernard; yo seré menos digna de lástima que tú; yo que podré verle todos los dias, todos los momentos. (*mirando el retrato.*)

ELENA (*sale por la izquierda*). Está decidido y debo cumplir la promesa hecha á Gaston: antes de una hora abandonaré esta casa para no volver á entrar en ella. Dos cartas mias, una á mi padre y otra al general les enterarán de mi culpable determinacion; pero cuando reciban esta noticia, ya estaremos nosotros á salvo de todas sus pesquisas. (*Viendo á Mariana.*) María.

MARIANA (*escondiendo el medallon*). Señora.

ELENA (*ap.*) Bien puedo fiarme de esta mujer. (*Alto.*) Hace tres dias me acompañasteis á casa de mi joyero.

MARIANA. Sí, señora.

ELENA. ¿Sabriais volver allá si fuerais sola?

MARIANA. Creo que sí.

ELENA. Escuchadme pues. Un motivo grave, muy grave me obliga á vender mis diamantes.

MARIANA. ¿A vos, señora?

ELENA. Por lo que pudiera suceder, habia pedido de antemano á mi joyero en que suma estimaba mis joyas encerradas en este cofrecito.—A mi juicio, señora, me dijo, valen 50,000 francos; siempre que la señora condesa quiera deshacerse de ellas, tengo yo á su disposicion esta suma.—Maria, tomad este cofrecito, corred á casa de mi joyero, entregádselo con este billete y traedme la cantidad que os dará en cambio. Pero á nadie hableis de ese paso, ni entregueis el precio de estos diamantes sino á mí, á mí solo. Id, María. (*Mariana duda. Durante las últimas palabras de Elena, Bernard ha entrado sin ser oido. Mariana se encuentra con él cuando va á salir.*)

BERNARD. María.

ELENA (*ap.*) ¡El general!

MARIANA (*ap.*) ¡Bernard!

BERNARD. María, os ruego que volvais este cofrecito al cuarto de la señora condesa.

ESCENA VIII.

BERNARD. ELENA.

BERNARD. ¿Adonde enviabais á María, señora?

ELENA (*ap.*) Si nos estaria escuchando!...

BERNARD. Queriais vender vuestros diamantes, ¿no es esto?

ELENA. Yo...

BERNARD (*con dulzura*). Lo sé todo.

ELENA (*dejándose caer en un sillon*). ¡Ah!

BERNARD. Estos diamantes apenas os hubieran valido sesenta mil francos y con esta cantidad no os bastaba para llevar á cabo vuestro intento.

ELENA *(ap.)* ¿Qué querrá decir?

BERNARD. Son doscientos mil francos los que hacen falta á vuestro padre.

ELENA *(ap.)* ¿A mi padre?

BERNARD. Yo creí que fiel á la palabra que me habia dado, el marqués de Beauferrant os lo hubiera dejado ignorar todo... no quise que pasarais un solo instante de inquietud ó de temor. Por esto os habia ocultado la visita que me hizo ayer el señor marqués... Estoy perdido, me dijo llorando aquel respetable anciano.

ELENA *(ap.)* ¿Perdido?

BERNARD *(continuando la relacion del marqués).* He jugado mas de lo que poseia; un cambio de bolsa inesperado, imposible de prever, me ha hecho deudor de una suma que no puedo pagar. Ya sé que esta deuda no es exigible ante la ley, porque no consta en documento alguno; yo no he escrito, no he firmado nada; pero media mi palabra, y faltar á ella es deshonrarme.—Díle gracias por haberse acordado de mí, y por la primera vez bendije á Dios que me habia privado de la vista, impidiéndome así ver el rubor que cubria el rostro del noble anciano. Vuestra deuda será pagada, dije abrazándole, pagada por entero. Hace una hora que, gracias á la actividad de mi notario, el Sr. de Beauferrant ha saldado cuentas con su acreedor. Para ello he tenido que renunciar á una parte de mi fortuna; pero ¿qué importa? Entera se la hubiera dado del mismo modo. El honor de vuestro padre es el vuestro, Elena mia; y yo debo guardarle intacto á toda costa, como vos guardais el de este pobre inválido.

ELENA *(postrándose á sus pies).* ¡Oh! ¡desgraciada de mí!

BERNARD *(con bondad).* No lloreis, Elena; no me deis gracias por tan poca cosa. En fin ¿qué es lo que he

hecho yo por vos? ¿qué es lo que os he sacrificado? Un poco de oro: y vos, pobre mujer, ¿vos no me habeis sacrificado los sueños de vuestra juventud? Si no habeis podido amar al soldado viejo y enfermo, habeis sabido respetar sus cabellos blancos, que puede mostrar con tanto orgullo, como si fueran una corona. Angel de paciencia y de dulzura, guiais bondadosa sus últimos pasos, y cuando bajará á la tumba, llevará consigo su honor intacto y puro como os le habia confiado: ¿no es así, hija mia?

ELENA *(llorando).* ¡Oh! sí, sí, general, yo os lo juro.

BERNARD. Os creo, señora, me basta con la palabra que me disteis y de ningun juramento hay necesidad despues del que me hicisteis al pié del altar. *(La levanta.)* ¿Aprobais mi conducta, Elena? Pues bien; *(la besa en la frente)* ya estoy pagado.

ELENA *(ap.)* Dios mio, ¿qué iba yo á hacer?

BERNARD. Este fatal asunto me ha tenido ocupado toda la noche: agregad á esto la ridícula disputa que Victor ha promovido con el Sr. de Montclar, que me ha trastornado no poco... en una palabra, no he podido tomar un momento de descanso. Ahora que todo se ha concluido, conozco que un rato de dormir me será muy provechoso. *(Saca un frasco del bolsillo.)* Elena, vertedme algunas gotas de opio en un vaso de agua.

ELENA. Tened cuidado, general; el abuso de este narcótico es peligroso.

BERNARD. Sí, el abuso seria la muerte, pero el uso es la vida para mí. *(Elena toma de una mesa un vaso y una botella, y los coloca en un velador junto al cual se ha sentado el general.)*

ESCENA IX.

BERNARD. MARIANA. ELENA.

MARIANA. Este billete para la señora condesa.

ELENA. ¿Para mí?

BERNARD. Leed, hija mia, leed. María me servirá.

ELENA (*ap. tomando la carta y examinándola*). Es de Gaston.

MARIANA (*en voz baja á Bernard presentándole el vaso*). Soy muy feliz.

BERNARD (*en voz baja, despues de haber bebido*). ¿Feliz?

ELENA (*ap.*) Mis cartas!

MARIANA (*en voz baja*). Victor me ha dado su retrato.

BERNARD. Silencio, Mariana: acuérdate de que me has prometido ser prudente.

MARIANA. Lo seré.

BERNARD. ¿Quién os escribe, Elena? ¿es vuestro padre quizás?

ELENA (*distraida*). Sí, sí, mi padre.

BERNARD (*durmiéndose*). El marqués estará ya tranquilo... voy á indemnizarme de la mala noche. (*Queda dormido.*)

ELENA (*leyendo*). «Querida Elena: hubiera querido merecer el sacrificio supremo que ofrecisteis hacer á nuestro amor: pero Victor ha repetido su desafío, de un modo al cual no puedo responder sino con mi espada.» (*Alto*) ¡Gran Dios! (*continuando*) «No olvidaré que mi adversario es el hijo del señor conde de Saint-André, y únicamente haré uso de mis fuerzas para defenderme de sus tiros. Os mando todas vuestras cartas: si este combate me es fatal, no quiero que faltando yo, quede un solo objeto que pueda comprometer á la mujer que tanto he amado.» (*Elena se deja caer llorando en un sofá.*)

MARIANA. ¿Qué teneis, señora?

ELENA. María, ¿en donde está Victor?

MARIANA. El señorito ha salido en busca del Sr. de Bussieres.

ELENA. No hay duda, no. (*Ap.*) ¿Y Gaston que solo quiere defenderse? ¡Oh! Victor le matará.

MARIANA. ¿Por qué me preguntais del señorito, señora?

ELENA. Porque os ha engañado, María: Victor ha salido para batirse.

MARIANA (*espantada*). ¿Para batirse?

ELENA (*señalando á Bernard*). Mas bajo, mas bajo.

MARIANA (*desesperada*). Pero esto es imposible, señora.

ELENA. El Sr. de Montclar desafiado, provocado no ha podido rehusar el combate. Oid lo que me escribe: (*continuando la lectura*) «Si la suerte de las armas me es favorable, os lo advertiré mandándoos vuestro abanico, olvidado en el castillo, y que tenia encargo de devolveros.»

MARIANA. Señora, es preciso evitar este duelo, es preciso correr al lugar del combate y separarlos arrojándose entre sus espadas.

ELENA. ¡Oh! sí, es preciso.

MARIANA. Yo os acompañaré ¿no es cierto?

ELENA. Voy á mandar por un carruaje. Yo descubriré el lugar de la cita. Dentro un momento volveré á pasar por este salon, y os haré señal para que me sigais: en tanto permaneced junto al general y cuidad no abrigue sospecha alguna.

MARIANA. ¡Pobre general! salvais su vida salvando la de Victor. Corred, corred. (*Vase Elena.*)

ESCENA X.

MARIANA. BERNARD.

MARIANA. ¿Ha ido á batirse? este adios que hace poco me dirigió sonriendo, este adios será eterno. ¡Oh! no, no; no lo permitireis, Dios mio. Pero, ¿como cuando me hablaba, cuando me estrechaba la mano, cuando me regaló su retrato, no comprendí, no adiviné nada? ¡Oh! es que no tengo corazon de madre.

BERNARD (*despertando*). Maria.

MARIANA (*sorprendida*). ¡Ah!

BERNARD. ¿Estais aquí?

MARIANA. Sí...

BERNARD. Dejadme este vaso... ó mejor... no, no, no

quiero dormir. Sobradamente horroroso ha sido mi sueño en tan cortos minutos: sentia aquí, en el corazon, como la punta de una espada, y aun en este momento me parece que estoy cubierto de sangre.

MARIANA. ¿De sangre? *(Ap.)* ¿Será esto un presentimiento?... ¡Cuánto tarda en volver la condesa!

BERNARD. ¿Se ha retirado Elena?

MARIANA *(ap. sin contestar á Bernard)*. ¿Qué es lo que estará haciendo?

BERNARD. ¿Ha dicho donde iba? (*Se oye el ruido de un carruaje que parte.*)

MARIANA (*corriendo á la ventana*). ¡Ha salido! ¡ha salido sin mí!

BERNARD. Pero ¿quién?

MARIANA (*con desesperacion*). Desgraciada! llegará demasiado tarde.

BERNARD (*levantándose y cogiendo la mano de Mariana*). Mariana, tú lloras, tu mano tiembla, está helada... Mariana, tú me ocultas alguna cosa, quieres engañarme... ¿qué novedad ocurre? habla, yo te lo mando.

MARIANA. ¡Oh! no me preguntes nada, no me detengas, Bernard: déjame que corra á salvarle, si es tiempo aun. (*Sale un criado que coloca un estuche sobre la mesa, diciendo:*)

CRIADO. Para la señora condesa de parte del Sr. de Montclar. (*Vase.*)

MARIANA (*ap.*) ¡Ah! la señal quizás. (*Se deshace de Bernard, corre á la mesa, abre el estuche, saca un abanico, le tira con horror y esclama desesperada:*) ¡Ah! hijo mio, hijo mio!

BERNARD. ¿Victor? ¿en donde está mi hijo?

MARIANA. Victor te engaña... nos engaña á todos..... se batia esta mañana... una señal debia anunciar el triunfo del Sr. de Montclar...

BERNARD *(con ansiedad)*. Y bien.

MARIANA. Y bien?... que la señal está aqui; que Montclar ha vencido, ha asesinado á nuestro hijo *(cae de rodillas)*.

BERNARD (*admirado*). ¿El? no; tú estás loca.

MARIANA. Sí, loca, porque hace poco mi hijo estaba aquí y no he sabido detenerle; loca, porque le he dejado partir, porque le he dejado correr á la muerte.

BERNARD. ¿Muerto? ¿él? (*Pausa.*) Mariana, levántate; condúceme...

MARIANA (*levantándose*). ¿Adonde?

BERNARD. A casa de Montclar.

MARIANA. ¿A qué?

BERNARD. A vengarnos.

MARIANA. ¿Tú, Bernard?

BERNARD. Yo, sí, yo: soy viejo, ciego ¿no es esto? Y por tanto solo puedo consagrar á mi hijo estériles lágrimas! ¡Oh! no, nunca: sangre! para nada necesito la luz del dia tratándose del asesino de mi hijo... Tú me pondrás frente á frente con él... el cañon de la pistola apoyado en el corazon... Dios por único juez y testigo! Condúceme, lo quiero. ¿No ves que si no pudiera matar á ese hombre, me mataria á mí mismo? ¡Oh! pronto, pronto! Herman, mi coche, mis pistolas!

ESCENA XI.

DICHOS. VICTOR. MARTIAL.

(La puerta del fondo se abre con violencia. Victor con el brazo en cabestrillo se arroja hácia su padre.)

VICTOR. Padre mio!

MARIANA (*con arrebato*). Victor!

BERNARD. Hijo mio!

MARIANA. Herido!

VICTOR. No es nada, nada enteramente.

BERNARD *(cayendo sobre un sofá y teniendo abrazado á su hijo que está de rodillas delante de él)*. Vive!

MARTIAL. No: ¿estaria yo aquí si hubiera muerto?...

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon en casa del general. En el fondo un jardin. Puertas laterales.

ESCENA I.

BERNARD *sentado junto á la chimenea con la cabeza apoyada en la mano.*

¿Con que Victor me habia engañado?..... La reconciliacion no fué mas que simulada..... y esta provocacion absurda, loca, fué un pretesto, nada mas que un pretesto. *(Pausa.)* Entonces ¿qué motivo les obligó á batirse? ¿ serian acaso rivales? No; el señor de Montclar ni siquiera conoce á la señorita de Bussieres. (*Pausa.*) ¡Oh! yo sabré porque ha sido este desafío; para los demás la duda es la inquietud; para mí que nada puedo ver, nada puedo leer en el rostro de los que me rodean, para mí la duda es un suplicio horrible... Mariana no ha querido hablar, quizás esté tan ignorante como yo! Pero Martial era padrino de Victor y debe saberlo todo. ¡Oh! y si él lo sabe, lo sabré yo. (*Llama, sale Martial por el fondo.*) ¿En donde está Martial? Tengo que hablarle al momento.

ESCENA II.

BERNARD. MARTIAL.

MARTIAL. Presente, mi general.
BERNARD. ¿Has estado á ver á mi hijo?

MARTIAL. Sí, mi general.

BERNARD. ¿Como sigue de su herida?

MARTIAL. Su herida es insignificante, no pasa de un rasguño.

BERNARD. Dime, Martial, ¿por qué se ha batido mi hijo con el Sr. de Montclar?

MARTIAL *(ap.)* Atencion que el enemigo está cerca; yo me he comprometido á no decir nada...

BERNARD. Y bien.

MARTIAL. ¿Por qué se han batido? Toma; vos lo sabeis tan bien como yo; por la provocacion de ayer...

BERNARD. Mientes!

MARTIAL. Mi general, esta frase podrá ser corta, pero maldita la gracia que me ha hecho. Si fuere otro que me lo dijera... pero vos sois mi superior en grado y en edad... y basta...

BERNARD. Pues yo no he de creer que tú, un viejo soldado que conoce como el primero las leyes del honor, hubieras consentido en servir de padrino á Victor, si no se tratára de algo mas que de lo que dices. No, lo repito; no hubieras dejado que mi hijo espusiera su vida por una niñada, una locura.

MARTIAL *(ap.)* ¡Qué bien me conoce!

BERNARD. Con que, á lo dicho; nunca creeré que la provocacion de ayer haya sido causa del lance de hoy.

MARTIAL. Mi general, quizás á vos os parezca la cosa una niñada; esto segun como uno la aprecia. Yo por al contrario lo he juzgado del lado serio... y si vuestro hijo no se hubiera batido, Montclar hubiese tenido que habérselas conmigo.

BERNARD *(sorprendido)*. Contigo!

MARTIAL. Y que no es por fanfarronear: uno ú otro hubiéramos quedado en el sitio. *(Ap.)* Y cuasi estoy por decir que hubiera sido el otro...

BERNARD. Esto viene á suponer que el desenlace que ha tenido el desafío de mi hijo con Montclar, no ha sido bastante terrible atendida la causa que lo provocára. ¿Sabes, Martial, que si mi hijo hubiera sucumbido

en este duelo, á tí pediria yo cuenta de su sangre?

MARTIAL. ¿A mí?

BERNARD. Sí, á tí que permitias á un niño jugar su vida y la de su padre por semejante pequeñez. Martial, si este duelo no tenia otro motivo, si no te justificas diciéndome la verdad... Martial, te tendré por un insensato.

MARTIAL. Bien.

BERNARD *(montando en cólera)*. Un miserable.

MARTIAL *(conteniéndose)*. General...

BERNARD *(estallando)*. Un cobarde.

MARTIAL *(sin poderse contener)*. ¡Ira de Dios! ya que á este punto me obligas, Bernard...

BERNARD. Sí, sí; habla.

MARTIAL. Pues bien, yo te probaré que conozco tan bien como tú las leyes del honor. Y puesto que lo quieres, puesto que me obligas á ello, te diré...

BERNARD *(ap.)* Voy á saberlo todo.

MARTIAL *(ap.)* ¿Y mi promesa?

BERNARD. Vamos, ¿qué es lo que me dirás?

MARTIAL *(que se ha serenado)*. Que el general Bernard es demasiado amigo de los valientes para que pueda mantener en su casa á un cobarde; y que en consecuencia voy á presentar mis cuentas. Adios, señor conde.

BERNARD. ¡Martial!

MARTIAL *(deteniéndose cuando se va)*. ¿Quién me llama?

BERNARD *(ap.)* De este modo no voy á descubrir nada. *(Alto.)* Martial, te prohibo el marcharte.

MARTIAL. Señor conde, ya no sois mi amo, para que tenga la obligacion de recibir órdenes vuestras.

BERNARD. Ven acá.

MARTIAL. Vendré, si me gusta.

BERNARD. Lo quiero.

MARTIAL. Afortunadamente lo quiero yo tambien, porque sino... *(Vuelve á acercarse.)*

BERNARD. Tráeme una botella de rom y dos copas.

MARTIAL. ¿Quereis beber á dos manos? (*Coloca la botella y las copas en un velador.*)

BERNARD (*sentándose*). Ahora acerca una silla.

MARTIAL. Ya está..

BERNARD. Conozco que te he faltado un poco. ¡Pobre Martial!

MARTIAL (*sentándose*). ¿Un poco? Gracias. Si otro que vos...

BERNARD. Vamos, vamos, mala cabeza: el sargento Bernard te pide perdon.

MARTIAL (*estrechándole la mano*). ¡Oh! general...

BERNARD. Y además te ruego me ayudes á despachar esta botella, como hacíamos en los buenos tiempos ¿Te acuerdas que todas nuestras disputas acababan siempre de este modo? Vamos, echa rom.

MARTIAL (*ap.*) Ay, ay, ay! te comprendo, te comprendo... Ahora cree que el rom ha de hacerme cantar.

BERNARD. Vamos, echa. ¿Me guardarás odio por lo que te he dicho?

MARTIAL. ¿Odio á vos, general? Imposible. (*Ap.*) Felizmente no podrá ver mi estratagema. (*Toma una botella de agua de encima la chimenea y llena su copa con ella despues de haber llenado de rom la de Bernard.*) ¡Como el agua no haga perder los estribos!

BERNARD. Bebamos.

MARTIAL. Bebamos.

BERNARD. Dime, Martial, ¿no es cierto que este rom vale algo mas que el que tomábamos en nuestras cantinas?

MARTIAL. Mucho. (*Ap.*) Demonio ¡y qué mal sabe la maldita!

BERNARD. Volvamos á la carga.

MARTIAL. Volvamos. (*Le sirve.*)

BERNARD. Oye: ¿ya llenas bien tu vaso?

MARTIAL (*sirviéndose*). Hasta el borde. (*Ap.*) Pondré mitad agua y mitad rom, de otro modo no puedo pasarla. (*Bebe.*) Pues todavía tiene un gusto diabólico.

BERNARD. ¿Creerias, Martial, que en este momento me

se figura hallarme en una de nuestras pasadas noches de vivaque?

MARTIAL. La de Austerlitz, mi general ¿os acordais de ella?

BERNARD. ¿Que si me acuerdo? Como que allí fuí nombrado comandante... A la memoria de Austerlitz!... Déjame beber en tu copa. Cambiemos.

MARTIAL (*dudando*). Es que...

BERNARD. No temas : todavía resiste mi cabeza y me siento con tantas ganas de beber como cuando desocupábamos las bodegas españolas.

MARTIAL. Basta, mi general, basta. (*Ap.*) Ya no hay medio de transigir con el agua : desaparezca (*Bebe el contenido del vaso.*)

BERNARD. Otro ataque, Martial.

MARTIAL. No, gracias; tengo ya bastante. (*Toma la botella de agua y va á colocarla encima de la chimenea, mientras tanto Bernard llena de rom la copa de Martial.*) Ya es tarde; ¡y hasta el borde que la ha llenado!

BERNARD. ¿Bebes ó no bebes?

MARTIAL. Sí, mi general. (*Ap.*) Cúmplase el sacrificio. (*Bebe.*)

BERNARD. Vaya otra carga?

MARTIAL (*quitándole la botella*). General, ¿quereis abrasaros? basta, basta de licores.

BERNARD. Corrientes, basta. Hablemos ahora.

MARTIAL (*ap.*) Alerta, centinela.

BERNARD. Ya que estamos solos, díme, Martial, en confianza ¿qué tal se ha portado Victor en el duelo? ¿has quedado contento?

MARTIAL Contentísimo : ¡y qué corazon tiene el muchacho! á no ser por una mala yerba que le ha hecho resbalar, vive Dios, que mandaba al caballero Gaston á donde debiera estar. (*Distraido se echa rom y bebe.*)

BERNARD (*repitiendo las últimas palabras de Martial*). A donde debiera estar. ¿Y qué ha hecho el infeliz para que le tengais esta tema?

MARTIAL. ¿Qué ha hecho este títere? ¿qué ha hecho? Nada, no quiero pensar en ello. (*Vuelve á beber.*)

BERNARD. Y no obstante yo quiero saberlo.

MARTIAL (*algo perdida la cabeza*). Pero hay otro no obstante, y es que yo no quiero decirlo: y esto que sin ir muy léjos alguien encontraríamos á quien le conviene mas que á mí el saberlo.

BERNARD. ¿Quién es este?

MARTIAL (*bebiendo*). Nadie, mi general; pero habeis de oir una cosa que os ha de admirar. Desde ayer tengo en menos veneracion al emperador.

BERNARD. ¿Como?

MARTIAL (*perdida enteramente la cabeza*). Sí, señor; al emperador que es causa de todo; porque si vuestro hijo se ha espuesto esta mañana á que lo matáran, el emperador tiene la culpa.

BERNARD (*ap.*) Ya es mio.

MARTIAL. El emperador podrá haber hecho grandes cosas, es cierto; todo el mundo lo sabe... pero ha hecho asimismo vuestro matrimonio y esto no se lo perdonaré yo nunca; (*bebe*) nunca.

BERNARD. ¡Mi matrimonio! ¿qué significa...

MARTIAL. Porque bien pudo prever el emperador, que cuando vos tendriais cincuenta años, vuestra mujer no tendria mas que veinte y dos... Porque bien pudo calcular que los maridos ven siempre sobrado poco, y que vos, general, no veiais nada... ¿Y qué ha resultado de todo esto? Que si vos no veis, otros hay que han visto por vos, que Victor no tiene los ojos quemados de la pólvora, y que cuidando del honor de su padre... ha roto con su madrastra y se ha batido con el de Montclar, que es su querido... y la condesa...

BERNARD (*estallando*). ¡Ah! ya sabia yo que al fin y al cabo hablarias.

MARTIAL (*volviendo en sí*). ¿Qué? ¿he dicho algo? ¿se me ha escapado alguna cosa?

BERNARD. ¿Con que es por mí, que mi hijo ha espuesto

su vida? ¿es con un amante de la condesa con quien se ha batido Victor?

VICTOR *(entrando por la izquierda)*. ¿Me llamabais, padre mio?

ESCENA III.

DICHOS. VICTOR.

BERNARD *(descubriéndose con respeto delante de su hijo)*. Victor, hijo mio.

VICTOR *(corriendo hácia su padre)*. Padre mio, ¿qué teneis? ¿llorais?

MARTIAL *(en voz baja á Bernard)*. General, con tiento.

BERNARD. ¡Oh! déjame que te abrace. Querido hijo, el tesoro que temí perder se ha hecho para mí de doble estima. Victor, tú eres mi tesoro, mi orgullo, mi vida... déjame que sienta latir tu corazon sobre el mio: deja que entre mis manos débiles y temblorosas, estreche esta mano jóven y robusta que defiende y venga. Todo lo sé, hijo mio; todo lo sé: Martial me lo ha contado.

MARTIAL *(ap.)* Cayóse la casa á cuestas.

VICTOR *(mirando con enojo á Martial)*. Martial.

MARTIAL *(bajo á Bernard)*. General...

BERNARD. ¿Con que aquella reconciliacion no fué sincera? ¿y fuiste á verte con el Sr. de Montclar para darle mayor satisfaccion?..... Sí, Martial me lo ha dicho todo.

MARTIAL *(bajo á Bernard)*. Gracias, general, teneis un modo de guardar los secretos...

VICTOR *(ap.)* Respiro. *(Alto.)* ¿Me perdonais, padre mio?

BERNARD. ¿Perdonarte? ¿á tí, celoso y fiel guardian de nuestro honor, del honor de tu padre, por el cual te has desafiado, por el cual has vertido tu sangre?

MARTIAL *(con viveza)*. Bueno: cuanto ruido por un pinchazo!

VICTOR. Tan ligero, padre mio, que aquí me teneis para ofreceros el brazo durante vuestro paseo.

Bernard. Te lo agradezco, hijo mio: pero por esta mañana te reemplazará Martial á mi lado.

Martial. ¿Yo, general? Ved que tengo que hacer, y si me teneis ocupado.. *(Mirando hácia el fondo.)* Lo dicho, ved unos caballos que salen de la cochera y ni tan siquiera he tenido tiempo de echarles un vistazo!...

Bernard *(cogiéndole del brazo y en voz baja)*. Ve que algo te has callado, y yo quiero saberlo todo.

Victor *(ap. mirando al fondo)*. El carruaje de la condesa... *(Alto.)* Puesto que así lo quereis, padre mio, cedo mi lugar á Martial. *(Bajo á este.)* Prudencia.

Martial *(ap.)* La recomendacion es inútil.

Bernard *(cogiéndose al brazo de Martial)*. Vamos.

Martial *(vánse, y mirando á la botella del rom casi vacía)*. Y esto que apenas he bebido mas que agua...

ESCENA IV.

VICTOR, *(luego)* EL AYUDA DE CÁMARA Y ELENA.

Victor *(viendo marchar á su padre)*. ¡Pobre padre! ¡Ah! yo juro que esta mujer no ha de seguir engañándote como hasta aquí. *(Sale el ayuda de cámara; Victor se dirige á él.)* Augusto ¿qué buscais?

Ayuda de cámara. Busco á la señora condesa para prevenirla que el coche está ya enganchado.

Victor. La señora condesa tenia que salir esta mañana antes de las siete?

Ayuda de cámara. Sí, señor.

Victor. ¿Y vos la acompañais?

Ayuda de cámara. Sí, señor.

Victor. Entonces ¿como no os habeis puesto vuestra librea?

Ayuda de cámara *(con embarazo)*. Es que... para ir á donde vamos no acostumbro á ponérmela nunca.

Victor *(reprimiéndose)*. Bien; la señora ha cambiado de

intento, y no sale esta mañana. (*En este momento sale Elena por la izquierda en traje de calle, y oye las últimas palabras de Victor.)*

AYUDA DE CÁMARA *(señalando á Elena)*. Pero señorito, aquí está la señora condesa.

VICTOR *(con severidad al ayuda de cámara, despues de haber saludado á Elena)*. Os repito que la señora condesa no sale; haced que desenganchen los caballos.

ELENA. Augusto, aguardad para esto á que yo os haya repetido la órden. Salid, ya llamaré cuando os necesite. (*Vase el ayuda de cámara.*)

ESCENA V.

VICTOR. ELENA.

ELENA. ¿Desde cuando, caballero, os atreveis á dar órdenes contrarias á las mias? ¿con qué derecho pretendeis contrarestar mis acciones? ¿Ya no tengo autoridad en esta casa? ¿deben acaso mis criados en todo aquello que me atañe conocer mas voluntad que la mia?

VICTOR. Señora, teneis razon. He hecho mal en intimar delante de vos á este criado una órden, que á mis ruegos, estoy seguro, hubierais espedido vos misma.

ELENA ¿Yo?

VICTOR. Si la vida de mi padre estuviera en peligro, y si vuestra ausencia sobre todo, pudiera acrecentar este peligro ¿saldriais de casa, señora?

ELENA. Sin duda que no; pero el Sr. de Saint-André á quien acabo de ver paseando por el jardin, ni está enfermo ni en peligro de ello.

VICTOR. Si el Sr. de Saint-André supiera lo que yo sé, si supiera á donde os dirigiais en este momento, señora, ¿creeis que, como lo corre su honor, no correria peligro su vida?

ELENA. No os comprendo, caballero.

VICTOR. Por piedad, señora, no exijais de mí una esplicacion que, estoy seguro, haria que uno de los dos nos avergonzáramos: no me pongais tampoco en el caso de faltar al respeto que debo á la señora de Saint-André. Vos sabeis tan bien como yo la causa de mi desafío. *(Movimiento en Elena.)* La sabeis, señora, pero mi padre la ignora todavía, y vos quereis que la ignore siempre. Pues escuchadme bien, señora: herido por mi adversario queria continuar el combate, y si así no ha sido, es porque bajo su fe de caballero, Gaston se ha comprometido á no veros mas, y á respetar en lo sucesivo el nombre que todos llevamos. No le obligueis á que falte á su promesa, porque entonces ó yo le mataria, ó él á mí. Y si la suerte de las armas me fuera fatal, no creais por esto que quedára impune vuestro crímen, porque aun cuando vuestra conciencia fuera incapaz de remordimiento, yo tendria tiempo suficiente para revelárselo todo al noble anciano, que en su indignacion encontraria suficiente energía y fuerza para vengar á su hijo muerto y á su honra ultrajada. Creo me habreis comprendido, señora, y que habreis modificado un tanto vuestra resolucion. (*Toca la campanilla.)*

ELENA. ¿Qué haceis, caballero?

VICTOR (*con frialdad).* Allí fuera está un criado que solo de vos recibe órdenes.

ELENA (*se quita el sombrero y se deja caer en un sofá. Sale el ayuda de cámara.)* Augusto, lo he pensado mejor, no salgo. (*Vase el ayuda de cámara.*)

VICTOR *(con respeto).* Gracias, señora: olvidad al Sr. de Montclar, olvidadlo todo... Yo haré todo lo posible para olvidarlo tambien todo *(vase)*.

ESCENA VI.

ELENA.

Esto es demasiado; yo no puedo ni debo sufrir la insolencia, el ultraje y la amenaza. Pude hacer el sacrificio de mi amor á este anciano que ha salvado el honor de mi padre... Sí, se lo hubiera hecho, porque habia pedido á Dios me diera valor para ello, y esta visita hubiera sido la última, sí, la última. Pero obedecer á este jóven, y ante su palabra bajar la cabeza, la vista y la voluntad; consentir que me espie y tiranice en mi propia casa, *(con resolucion)* nunca, y ya que no pueda arrojar á Victor de esta morada, saldré yo de ella. Es insoportable, imposible para mí permanecer por mas tiempo en este estado... Gaston me ha perdido, Gaston me salvará. *(Siéntase junto á una mesa y escribe.)*

ESCENA VII.

ELENA. MARIANA.

MARIANA *(ap. entrando por la izquierda.)* ¿Qué habrá pasado entre la señora condesa y Victor? Aquella iba á salir, su carruaje estaba ya dispuesto, y segun me ha dicho Augusto, Victor ha mandado lo contrario... ¿Iria la condesa á casa de Montclar? Tal vez. *(Viendo á Elena.)* Hela aquí; está escribiendo...

ELENA *(cerrando la carta sin ver á Mariana.)* ¡Pobre Gaston! esta fuga, este destierro lleva consigo la pérdida de su carrera, de su porvenir. *(Pausa.)* ¿Y si rehusára? ¡Oh! si rehusára, no me quedaria mas medio que morir. Pero ¿á quién confiar esta carta? *(Viendo á Mariana.)* María.

MARIANA *(acercándose).* Dispensadme, señora, andaba por ahí buscando el velo de encaje que me pedisteis esta mañana, y como no le encuentro...

ELENA. Escuchadme, María; la prueba de celo y discrecion que hace poco me habeis dado, me obliga á depositar en vos mi confianza. Tomad esta carta, y llevadla a su direccion.

MARIANA *(ap. leyendo el sobre)*. Para él.

ELENA. Si el Sr. de Montclar hubiere salido, le aguardareis hasta que regrese á su casa. No volvais sin su respuesta, y esta respuesta solo á mí la entregareis. Id, María, daos prisa.

MARIANA *(con frialdad)*. Yo no llevo esta carta, señora.

ELENA *(sorprendida)*. ¿Qué es esto? ¿habeis recibido ya instrucciones de mis enemigos? Bien, pero tened entendido que yo soy aquí la única dueña, y cuando mando alguna cosa, es preciso obedecer, ó abandonar mi servicio. Devolvedme esta carta. (*Mariana sin contestar la hace pedazos.*) ¿Qué haceis?

MARIANA. Esta carta, señora, la hubierais remitido por algun otro de vuestros criados: y como por el mismo motivo dos hombres se han batido ya, de seguro volverian á batirse. Y sabedlo, yo no quiero que se batan estos dos hombres.

ELENA. ¿Qué es lo que escucho?

MARIANA. Esta resistencia os espanta, os confunde... Ya se ve; la noche pasada me encontrasteis mas dócil á vuestros deseos cuando me dijisteis: id á casa del señor de Montclar. ¡Oh! es que entonces sabia yo que la vida del señorito Victor estaba en peligro, y todo, todo lo olvidé ante esta idea.

ELENA. Cuidado como hablais.

MARIANA. Ahora lo he pensado mejor, señora; yo no sé disfrazar mi pensamiento, y he de deciros: señora, haceis mal, muy mal; engañar como engañais á un noble anciano, es una accion indigna; abusar de la desgracia de un pobre ciego es un proceder infame. Quizás para vos sea una ligera falta engañar á un esposo... para mí es un crímen, y yo no quiero ser la cómplice de un crímen.

ELENA *(con cólera concentrada)*. María.

MARIANA (*con fuerza*). No, yo no quiero que un escándalo mate á vuestro esposo, no quiero que vuestro amante mate á Victor.

ELENA. ¿Estais loca?

MARIANA. ¡Oh! no; os conozco muy bien; leo en vuestro corazon como en un libro. Á este Gaston lo sacrificariais todo, pero me habeis de encontrar siempre entre vos y él. Yo seré para vos un vigilante infatigable; espiaré cada una de vuestras miradas, cada uno de vuestros gestos, porque un gesto, una mirada pueden traer á esta casa la deshonra y la muerte. En todas partes me encontrareis y en todas partes os diré: condesa de Saint-André, acordaos de vuestro esposo; condesa de Saint-André, yo os veo desde la tierra y Dios os mira desde el cielo.

ELENA (*estallando*). ¡Desgraciada! Salid, salid; os echo de mi casa.

MARIANA (*con ternura*). ¿Echarme?... ¿á mí?... ¡Dios mio! (*Ap.*) ¿Quién velará por Victor? *(Alto y en tono de súplica.)* ¿Echarme? ¡Oh! no no; vos me perdonareis todo lo que he dicho, todo lo que he hecho... y no me echareis de vuestra casa... Os acordareis que yo fuí la amiga del sargento Bernard; comprendereis que mi celo habrá podido engañarme, y... no me echareis de vuestra casa, cuando calculeis que tiemblo por la suerte que espera al hijo del Sr. de Saint-André, á este jóven cuya sangre han derramado ya una vez, á este niño á quien amo, yo, pobre mujer, que no tiene mas familia ni mas amor en el mundo. Sí, tendreis piedad de él, de mí, de vos misma que correis á vuestra perdicion; tendreis piedad, señora, y no me arrojareis de vuestra casa. (*Se arrodilla á los pies de Elena.)*

ELENA. Salid, os digo, ó llamo.

MARIANA (*levantándose)*. ¿Y á quién llamareis, señora? ¿quién manda aquí cuando alguien os desobedece? ¿El Sr. de Saint-André? llamad al general, y querrá saber por qué se me arroja de esta casa. Sí, que

venga, que me interrogue... ¡oh! no os atrevereis, señora.

ELENA. Pero esto es un infierno... humillada, insultada por una criada que he de tener á mi lado para evitar un escándalo? (*Ap*.) ¿Como lo haria para deshacerme de ella? *(Herida de una idea.)* Ya lo sé.

MARIANA. Y bien, señora.

ELENA. He conocido vuestra intencion, como vos decís haber conocido la mia; quereis presentaros como poseedora de un pretendido secreto para haceros pagar vuestra discrecion; y no contentándoos con aguardar el precio de vuestro silencio, lo habeis robado.

MARIANA. ¿Yo?

ELENA. Sí, vos; este velo de encaje ¿en donde está? le quiero, le necesito al momento.

MARIANA. Ya os he dicho, señora, que no le habia encontrado en vuestro cuarto.

ELENA. Tal vez lo encuentre yo en el vuestro... dadme la llave... ¿Dudais?

MARIANA *(con calma)*. Tomadla, señora, y así esté tan tranquila vuestra conciencia como lo está la mia.

ELENA *(ap.)* Yo perderé á esta mujer. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

MARIANA, (*luego*) EL AYUDA DE CÁMARA.

MARIANA. ¡Qué humillacion!... pero por tí, Victor, me resignaré al orgullo de esta mujer, resistiré su odio, Es indispensable que yo permanezca en esta casa para defender tu vida y el honor de tu padre. *(Sale el ayuda de cámara por el fondo con una carta.)*

AYUDA DE CÁMARA. ¿Está en este salon el señorito Victor?

MARIANA. No, estará en su cuarto sin duda; ¿qué le quereis?

AYUDA DE CÁMARA. Entregarle esta carta que acaban de traer para él, y cuyo sobre dice ser urgente.

MARIANA. ¿Una carta?... ¿sabeis de parte de quien?

AYUDA DE CÁMARA. No, la persona que la ha traido habia ya cobrado su encargo y no he tenido tiempo de...

MARIANA. ¿Presumís si esa carta puede ser del Sr. de Montclar?

AYUDA DE CÁMARA. Es muy fácil, porque la persona que la ha traido vive en su misma calle.

MARIANA (*conmovida*). Dadme esta carta; yo la entregaré al señorito.

AYUDA DE CÁMARA. Menos trabajo para mí; tomadla y muchas gracias. *(Vase.)*

ESCENA IX.

MARIANA.

No sé porqué he de temblar; porqué mi corazon late con tanta violencia al contacto de este papel. ¡Si será un presentimiento! ¡Si Dios me querrá advertir alguna desgracia! ¡Oh! sí: este billete vendrá de parte de Montclar, y si escribe á Victor, será para provocarle de nuevo... No conozco su letra... si me atreviera... ¿Cómo? se trata quizás de la vida de mi hijo ¿y su madre duda un momento? No. *(Rompe el sobre.)* Yo sabré lo que dice esta carta (*lee*). «Buenas noticias; todo está arreglado, hermano mio: ya puedo darte este título: mis bravos parientes vencidos por mi elocuencia y por las lágrimas de mi hermana consienten en tu matrimonio; viva ó muerta, tu madre no será ya un obstáculo.» (*Alto*) ¡Dios mio! ¿será cierto lo que leo? *(Continua la lectura)*. «Pasarán por la ilegitimidad de tu nacimiento, atendido á que, gracias á mis instancias con el ministro, es cosa decidida que el general podrá trasmitir á su hijo su título de conde de Saint-André. Hasta la tarde: tu amigo y hermano Edgardo.» *(Alto.)* Viva ó muerta, tu madre no será ya un obstáculo. Sí, esto

dice y yo podré vivir, vivir para mi hijo, presenciar su felicidad... ¡Dios mio! vuestra bondad me indemniza en este momento todos mis sufrimientos de veinte años.

ESCENA X.

MARIANA. VICTOR.

VICTOR. ¿Sois vos, María?
MARIANA *(cerrando con presteza la carta)*. Victor.
VICTOR. Augusto me ha dicho teniais una carta para mí.
MARIANA *(con embarazo)*. ¿Una carta?... Es cierto.
VICTOR. Entregádmela pues.
MARIANA. Es que...
VICTOR. Puede ser de mi amigo Edgardo; y ardo en deseos de leerla. Dádmela, María.
MARIANA *(con timidez)*. Tomadla, señor.
VICTOR *(reconociendo la carta)*. ¿Qué es lo que veo? El sobre ha sido roto.... ¿quién se ha atrevido?... ¿la condesa acaso?...
MARIANA. No, caballero; he sido yo.
VICTOR. ¿Vos, María? imposible.
MARIANA. ¿Por qué? esta carta podia venir del Sr. de Montclar.
VICTOR. Y aunque viniera...
MARIANA. Si hubiese sido de él, no la hubierais recibido.
VICTOR. Pues habeis hecho mal en tomaros este cuidado: solo en mi padre reconozco el derecho de abrir mis cartas.
MARIANA *(conmovida)*. ¿Y en vuestra madre?
VICTOR. Mi madre? ¡oh! si existiera.
MARIANA. Comprenderiais que de continuo estaría en vela por vos, y que no bien creeria ver un arma dirigida contra su hijo, desviaria el golpe, y destruiria el arma. Ahora bien; lo que hubiera hecho vuestra madre, lo he hecho yo.
VICTOR. Ya sé, María, que sois una amiga fiel: pero...

MARIANA. Pero no soy vuestra madre... Sin duda ¿cómo podria ser?... una infeliz mujer..... una criada .. y no obstante aquella á quien el sargento Bernard habia llamado su mujer delante de Dios, aquella que confiando en su fe, en su honor, le dió cuanto puede dar el amor de una mujer, aquella en fin que fué vuestra madre, no era mas que una pobre aldeana, criada por la caridad de un sacerdote. Para seguir á Bernard, se hizo cantinera, y os dió á luz bajo un miserable techo, y en las marchas os conducia atado á sus espaldas. Tal era vuestra madre, caballero. Si ahora volvierais á encontrarla, decidme, ¿os avergonzariais de ella?

VICTOR. ¡Oh! María...

MARIANA. No, porque vuestra pobre madre era estimada y venerada de todos; no podia combatir como un soldado, pero tenia su valor á falta de su fuerza: despreciando el fuego del enemigo corria por las filas en busca de heridos á quienes socorrer. Mas de un valiente la debe la vida; en mas de un noble corazon ha quedado impresa su memoria. No; si volvierais á hallarla, no tendriais porque avergonzaros de vuestra madre, que herida de un balazo fué dejada por muerta en el campo de batalla de Wimpfenn.

VICTOR. ¿De Wimpfenn? ¿es allí donde murió mi madre?

MARIANA. Allí es al menos donde se perdió su huella; pero lo que es la prueba de su muerte no se ha encontrado todavía.

VICTOR. Sí, por esto yo he esperado durante tanto tiempo á mi madre; la hubiera amado tanto...

MARIANA. Aun cuando despues de veinte años de cautiverio se hubiera presentado á vos, como yo me presento; aun cuando para entrar en esta casa que habita la legítima mujer del Sr. de Saint-André, para permanecer en ella sobre todo, hubiera consentido en pasar por lo que yo paso; se hubiera humi-

llado hasta á representar el papel de una criada.

VICTOR. ¿Qué decís?

MARIANA. ¡Oh! vos sois noble y rico, ¡y os avergonzariais de ella: y no obstante, esta pobre mujer para llegar hasta vos habria emprendido un largo viaje, sola y á pié, de noche y de dia; para permanecer á vuestro lado se habria rebajado delante de aquella que le robara el nombre y el corazon de Bernard: y haciendo abstraccion de su amor propio, de su dignidad, se hubiera hecho la humilde esclava de una rival.

VICTOR. ¡Dios mio!

MARIANA. Y todo lo hubiera sufrido para ver á su hijo, á quien lloró durante veinte años, para permanecer á su lado sin que él pudiera sospecharlo, para gozar con su felicidad ó padecer con su infortunio. No, no os hubierais avergonzado, no os avergonzareis de esta pobre mujer, y mientras para todos continuará siendo una criada, para tí, Victor, para tí será... tu madre!!!

VICTOR (*precipitándose en sus brazos*). ¡Madre mía!

MARIANA. He olvidado la promesa hecha á Bernard, pero para callarme era necesaria la virtud de un ángel, y yo no soy mas que una débil mujer. ¡Dios mio! Despues de sufrir durante veinte años no podia resignarme á morir sin decirle antes: Sí, Victor, sí, yo soy tu madre.

VICTOR. Un secreto instinto me impelia á amaros aun antes de conoceros: para volver á hallar á mi madre, para gozar de sus caricias, hubiera dado yo sin pensarlo un solo momento, toda mi fortuna, todo lo que me es mas caro.

MARIANA. ¿Hasta el amor de la señorita de Bussieres?

VICTOR. Madre mia, cuando he logrado la dicha de volver á abrazaros, ¿creeis que entre mi amor y vos pueda interponerse la idea del mundo?

MARIANA. Pero tú olvidas leer esta carta del Sr. de Bussieres?

VICTOR. ¿De Edgardo? ¿qué me importa ahora esta carta? Dejad que os esprese antes toda la intensidad de mi alegría.

MARIANA. Léela, Victor, léela: ¿no comprendes que si yo te la he entregado, si te insto á que la leas es porque con ella viene la dicha para tí?

VICTOR. ¿Qué dicha?

MARIANA. Lee.

VICTOR (*leyendo*). ¡Cielos! ¿ningun obstáculo se opone ya entre mi amor y Clotilde?

MARIANA. Sin esta carta, Victor, ¿crees que te hubiera revelado nunca mi secreto?

VICTOR. Ya, pero ahora es preciso que todo el mundo le conozca, que todo el mundo os respete, y todos los de esta casa os obedezcan.

MARIANA. Victor, ¿no calculas que tu madre no puede permanecer un solo instante bajo el mismo techo que la condesa de Saint-André? ¿quieres que desde este momento volvamos á separarnos? No, hijo mio. Guardemos en nuestro interior la sánta ternura, la suprema felicidad que nos rodea. ¿Qué necesidad tengo yo de consideraciones ni respetos? ¿qué es lo que me hace falta para vivir y morir feliz? Nada mas sino que me ames como yo te amo; y que cuando estemos solos los dos me llames tu madre.

VICTOR. Nunca, yo no puedo consentir...

MARIANA. Alguien viene, es la señora de Saint-André... Por Dios, Victor, que no se te escape una palabra de cuanto has descubierto, sin que antes háyamos hablado con tu padre. Tu inquietud, tu turbacion podrian vendernos: déjame sola con la condesa, yo te lo suplico, hijo mio: y acuérdate de lo que te he dicho, á nadie, absolutamente á nadie, confies nuestro secreto.

VICTOR. Puesto que así lo quereis, aguardaré hasta que hayamos hablado al general. Pero despues de la entrevista, cualquiera que sea la resolucion adoptada, yo sabré cumplir con mi deber. Hasta luego, madre

mia: entro en este gabinete y en él os aguardo. Tengo tantas cosas de que hablaros!... (*Besa la mano á Mariana y vase por la derecha.*)

ESCENA XI.

MARIANA. ELENA.

ELENA. ¿Todavía aquí? ¿sabeis que es increible vuestro atrevimiento?

MARIANA. Ahora mas que nunca quiero quedarme, señora.

ELENA. ¿Quedaros? ¿quedaros aquí? ¿y esto me decís á mí, que salgo de vuestro cuarto?

MARIANA. Y que salgais, señora...

ELENA. Bien se ve que sois tan imprudente como culpable: ¿como antes de entregarme vuestra llave no tuvisteis cuidado de destruir, de quemar esta carta que acabo de encontrar en vuestro cofre?

MARIANA. ¡Dios mio! la carta del abate Saviniano!

ELENA. Ya he descubierto por fin quien erais, María.

MARIANA (*ap.*) Y Victor puede oirlo todo... (*Alto.*) Señora, por piedad.

ELENA. ¡Ah! ya no me insultais? ya doblegais vuestro orgullo? ¡Desgraciada! No teneis que esperar piedad de mí, todos sabrán de mi boca que sois criminal y que estais condenada.....

MARIANA. Mas bajo, condesa, hablad mas bajo.

ELENA (*levantando la voz*). Condenada por un robo.

ESCENA XII.

DICHOS. VICTOR.

VICTOR (*entrando con furia*). Mentís, señora.

ELENA. Victor... nos estaba escuchando.

VICTOR. Esta mujer tiene derecho á vuestro respeto.

ELENA. ¿Con que no sabeis quien es?

VICTOR. Sé, señora, que es mi madre.

ELENA. ¿Su madre?

MARIANA (*en voz baja á Elena*). ¡Oh! no lo digais á nadie, señora.

ELENA. Al contrario, quiero que vengan todos, quiero que venga el general, y si me interroga, si me pregunta por qué os echo de mi casa, le contestaré, que porque la fingida María no es otra que Mariana Duval.

VICTOR. ¿Mariana Duval? ¿mi madre? ¡infeliz de mí! (*cae desvanecido*).

MARIANA (*corriendo hácia Victor, cayendo de rodillas junto a él*). ¡Ah! señora, habeis asesinado á mi hijo...

ELENA. Salid de mi casa, os repito.

ESCENA XIII.

DICHOS. BERNARD (que aparece por el fondo).

BERNARD. Elena de Beauferrand: vos sois la que saldreis, señora.

ELENA (*aterrada*). ¡Yo! (*cae de rodillas*).

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Gabinete del general.

ESCENA PRIMERA.

BERNARD *sentado junto á una mesa;* MARIANA *en pié junto á él.*

BERNARD. ¡Infame! léjos de justificarse acusa todavía, amenaza... ¿Y mi brazo no se ha levantado sobre ella para aplastarla? ¡Oh! merezco mi vergüenza; soy un cobarde.

MARIANA. No digas esto, Bernard; eres digno de admiracion y yo la primera admiro tu valor de padre.

BERNARD. ¿Pero has oido? todavía se atreve á imponer condiciones.

MARIANA. ¿Qué importa? tú la concederás todo lo que exige; ¿no es esto? Si solo se tratára de mí, yo te diria: pasa por encima de todo y venga tu honra ultrajada; pero, Victor sabe que yo soy su madre: conoce mi desgracia, y esta fatal revelacion le ha puesto en peligro de perder la vida. Imponiendo silencio á tu indignacion, haciendo el penoso sacrificio de humillarte ante la culpable, no es por mí que trabajas, sino por Victor. Si Elena me delata, si vuelvo á caer en manos de la justicia, cuenta que has perdido para siempre á tu hijo.

BERNARD. Imposible; honrar á Elena, honrar al crímen en ella, es un sacrificio superior á mis fuerzas.

MARIANA. Y no obstante, Bernard, es el único medio ocurrido á una pobre madre que no quisiera morir

sin volver á ver á su hijo. Despues de revelado á Victor mi secreto, he conocido que entre Bernard y mi hijo no habia lugar para mí: yo debia callarme, debia ahogar el latido maternal; pero si mi ligereza ha sido grande, la espiacion no lo será menos que la falta.

BERNARD. ¿Pues qué intentas hacer?

MARIANA. Implorar hácia Victor la piedad de aquella que nos separa á todos; la condesa de Saint-André no delatará á Mariana Duval, cuando para entregarla en manos de la justicia tenga necesidad de levantar la losa de un sepulcro.

BERNARD. ¿Morir tú, Mariana?

MARIANA. Sí, morir para evitar la infamia de mi hijo.

ESCENA II.

DICHOS. MARTIAL.

MARTIAL. General.

BERNARD (*bajo á Mariana*). Silencio. (*A Martial.*) ¿Quién está ahí?

MARTIAL. Martial, que vengo del cuarto del señorito.

MARIANA (*con inquietud*). ¿Como se encuentra Victor?

MARTIAL. Mucho mejor, señora, (*á Bernard*) y me ha encargado os diga que desea hablaros, general.

MARIANA (*suplicando á Bernard*). ¿Irás?

BERNARD. Al momento.

MARTIAL. A mí me parece que mayor placer tendria si fuera Mariana con vos, general.

MARIANA. Imposible.

MARTIAL. ¿Imposible? ¿quién lo impide? (*En tono de desprecio.*) ¿La otra acaso?

MARIANA (*bajo á Bernard*). Bernard, encárgale que hable con respeto de tu mujer.

MARTIAL. En fin, señora, vos hareis aquello que mas os convenga. En cuanto á mí, maldito si me incomodaria por una...

BERNARD (*interrumpiéndole*). Martial, cuida que estás hablando de la condesa de Saint-André.

MARTIAL. ¿Como? ¿despues de lo que os he dicho?

BERNARD. Tú no me has dicho nada, y yo no sé nada; ¿lo entiendes? No quiero saber nada.

MARTIAL. Es cosa muy diferente... si lo tomais así...

BERNARD (*á Mariana*). Voy á entrar en el cuarto de Victor. Aguarda en esta sala mi salida.

MARIANA. Bien, aguardaré. (*Vánse Bernard y Martial.*)

ESCENA III.

MARIANA, (*luego*) EDGARDO.

MARIANA. Comprendo; espera vencer mi resolucion; no lo logrará. ¿Para qué quiero la vida si con mi muerte hago feliz á tantas personas? ¡Ah! desgraciada como soy, tengo un derecho á creerme feliz. Sí, porque aun acabando mis dias en el fondo de un calabozo, olvidada de todos, despreciada por todos, estoy segura de que á lo menos mi hijo no llorará por mi causa.

EDGARDO (*entrando por el fondo, ap.*) Hela aquí. (*A Mariana.*) ¿Estais sola?

MARIANA. ¿Sois vos, señor doctor? ¿quereis sin duda hablar á vuestro amigo Victor? Tomaos la molestia de aguardaros un instante, porque en este momento está su padre con él.

EDGARDO. No vengo en busca de Victor, señora, sino en busca vuestra.

MARIANA (*turbada*). ¿Mia?

EDGARDO. Vuestra, si las señas que se me han dado son exactas.

MARIANA (*mas turbada*). ¿Qué quereis decir, caballero?

EDGARDO. Yo sé que os llamais. .

MARIANA (*interrumpiéndole*). María.

EDGARDO. No; Mariana Duval,

MARIANA *(desesperada)*. ¡Ah! ¡Dios mio! no habeis querido evitarme este último golpe.

EDGARDO *(acercándose á ella con interés)*. No os alarmeis, Mariana; aun sin conocer por entero la voluntad del que me envia, bien puedo aseguraros que si en el fondo de vuestro corazon queda un deseo, una esperanza es de que se realice lo que quizás no está léjos. Daos prisa, seguidme.

MARIANA *(con desconfianza)*. ¿Seguiros? ¿y á donde, caballero?

EDGARDO. Junto á un moribundo que os conoce, os llama y quiere veros antes de presentarse á Dios. Ya se hubiera hecho trasportar á esta casa, si no hubiera temido morir en el camino.

MARIANA *(conmovida)*. ¿Un moribundo que me llama? Una palabra, doctor: ¿sabeis si ese hombre me ha escrito alguna vez?

EDGARDO. Le he oido hablar de una carta que os dirigió á Sielsberg.

MARIANA. Es él, es él. Hijo mio, todavía sin morir puedo evitar tu vergüenza. Decidme ¿conoce este moribundo al abate Saviniano?

EDGARDO. Así se llama el sacerdote que en este momento está junto á su lecho de muerte.

MARIANA *(tomando bruscamente á Edgardo de la mano)*. Corramos, doctor, corramos; podria morir este hombre, y yo necesito que viva para justificarme. *(Salen los dos por el fondo y aparece Martial por la izquierda.)*

ESCENA IV.

MARTIAL *con una carta en la mano*.

Una carta para la señora condesa... Reconozco la mano que la ha escrito y el perfume que despide. No hay duda; es de ese títere. Si obedeciera á mi impulso, al general iba por la via directa; pero des-

pues de lo que me ha dicho... Obedezcamos la consigna y pongamos el pájaro en su nido.

ESCENA V.

MARTIAL. ELENA.

ELENA (*saliendo por la izquierda*). ¿En donde está el señor conde?

MARTIAL. Con su hijo.

ELENA. ¿Y esta mujer que tomé por recomendacion vuestra?

MARTIAL. ¿María? ha salido.

ELENA. Decid mejor Mariana: no creais que ignoro su verdadero nombre. Por haberlo descubierto es porque ha salido de esta casa, arrojada como se merece.

MARTIAL. ¿Como? ¿Mariana arrojada de esta casa?

ELENA. Mariana habia olvidado el respeto que se me debe; cualquiera que piense en imitarla, correrá la misma suerte.

MARTIAL (*ap.*) Basta que ella lo diga.

ELENA. Yo no quiero en mi casa ni criados insolentes, ni espías.

MARTIAL. ¿Decís esto por mí, señora? ¿poneisme el pasaporte en la mano? Juro á Dios que no habeis de hacerlo dos veces; tanto peor para mí, tanto peor para el general. Señora condesa, podeis ajustar mis cuentas para mañana.

ELENA. Así lo haré.

MARTIAL (*ap.*) Sí; pero no me voy de esta casa sin decirle al conde todo lo que tengo aquí (*señalando al corazon*). ¡Ira de Dios! y qué batería tengo de descargar...

ELENA. ¿Para quién es esta carta que guardais?

MARTIAL. Teneis razon; se me habia olvidado: para vos, señora: tomad (*con intencion*). Es suya, señora condesa de Saint-André.

ELENA. ¿Suya? *(Recorre la carta, se turba y dice con fuerza.)* Salid.

MARTIAL. Con mucho gusto. *(Ap.)* Por vida del demonio, que no pueda uno pasar á las mujeres por consejo de guerra... *(Vase por el fondo.)*

ESCENA VI.

ELENA *(mirando la carta).*

¿Me habré engañado, Dios mio? ¿he leido bien el contenido de esta carta? Imposible: Gaston no puede haber escrito esto *(lee)*: «Señora; voy á partir y jamás volvereis á oir hablar de mí. Culpable con un ilustre anciano, culpable y arrepentido, debo, despues de haber desarmado á su noble hijo, el mas leal de los adversarios, cumplir el juramento que á él hice de renunciar para siempre á un amor que hasta ahora ha sido culpable, y que en adelante seria criminal. Olvidadme, olvidadme como yo os olvido; este será mi castigo, este es vuestro deber.» *(Rasga la carta.)* ¡Mi deber!... Habla de deberes... ¡Oh! es que ya en lugar de amarme me desprecia... ¿Despreciada por él? nunca, prefiero morir á vivir de este modo. *(Esconde la cabeza entre las manos y llora.)*

ESCENA VII.

ELENA. BERNARD.

BERNARD. Victor se ha decidido á partir: queria escribir en este mismo momento para romper su matrimonio... no; que aguarde hasta mañana.

ELENA *(ap.)* Todo lo habia sacrificado á este hombre; la tranquilidad de mi vida, el amor propio, el honor de mi marido: ¿y me abandona en este estado? *(Llora.)*

BERNARD. Alguien llora en esta sala.

ELENA (*ap.*) ¿El general?

BERNARD. Lloras, pobre mujer, y te faltan las fuerzas en el momento de llevar á cabo el sacrificio.

ELENA (*ap.*) ¿Qué sacrificio?

BERNARD. No obstante, tú conoces que es indispensable; merecida ó inmerecida la vida de una persona honrada no puede transigir con la infamia; los dos estamos infamados, Mariana; muramos los dos.

ELENA (*ap.*) ¡Gran Dios!

BERNARD. Cuando te hablo así, no creas que cedo al impulso de la cólera, no; es á la imperiosa necesidad que obedezco. Justificarte, no es posible; pero la infamia acaba en el sepulcro: y si tú mueres, para nada quiero la vida. Separado para siempre de tí, de tí única á quien he amado con toda mi alma, solo queda á mi lado una mujer, una mujer á quien orgulloso habia rodeado de una auréola de pureza; una mujer á quien yo, pobre ciego, que á cada instante necesita de un guia, apellidaba agradecido mi estrella, mi luz. Pues bien; esta mujer ha olvidado indignamente sus deberes. ¡Desgraciada! ¡como en el instante en que me iba á hacer traicion no se detuvo ante el abismo de su infamia! ¡Como no calculó que la empresa era tanto mas infame, cuanto era mas fácil!

ELENA (*ap.*) Y yo, yo he cometido esta infamia!

BERNARD. Separarme públicamente de Elena, seria perderte, porque te delataria á los tribunales y tú no puedes acreditar tu inocencia.

ELENA (*ap.*) ¡Oh! sí; Mariana es inocente.

BERNARD. Aquella que lleva mi nombre comprará con su silencio la libertad en que voy á dejarla. Tú lo has dicho, Mariana; ante la tumba la condesa de Saint-André guardará el fatal secreto. (*Saca un frasco de opio del bolsillo y lo coloca encima de la mesa.*) Este narcótico me ha procurado muchas veces la calma y el descanso, que me eran necesarios: de-

bámosle ahora el sueño eterno que los dos necesitamos.

ELENA (*ap.*) Yo no debo consentir... (*Hace un movimiento para apoderarse del frasco. Al mismo tiempo Bernard pone la mano encima: Elena se detiene.*)

BERNARD. Escúchame, Mariana: nuestra suerte está determinada; réstanos empero antes de abandonarnos á ella un último deber que cumplir.

ELENA (*ap.*) ¿Qué será?

BERNARD. Recuerda que otras veces en víspera de algun combate, íbamos como buenos á tender la mano á aquellos que nos habian ofendido, para morir, si era preciso, con el corazon libre de odios terrenos. Pues bien; hagamos lo mismo ahora y perdonemos como antes á nuestros enemigos. (*Con bondad.*) Elena de Beauferrand, mi voz no llega hasta tí, pero sube hasta Dios y delante de él yo te perdono. (*Elena cae de rodillas delante de Bernard. Este tiende sus manos á Elena.*) ¿Ruegas tambien por ella, Mariana?

ELENA (*con voz sofocada*). Sí, ruego por ella, que Dios la perdone lo que va á hacer, como vos la habeis perdonado lo que ha hecho. (*Toma las manos de Bernard y las besa cubriéndolas de lágrimas.*)

BERNARD. Mariana! ¿Por qué caen ardientes tus lágrimas en mi mano? Lo comprendo, pobre madre; adivino tu deseo. Quisieras abrazar una vez á tu hijo y no te atreves á pedírmelo. Obedece á tu corazon; aquí te aguardo, Mariana. Vé y dirígele tu último adios.

ELENA (*se levanta, mira á Bernard y dice completamente desesperada*). Sí, mi último, mi último adios. (*Toma el frasco de opio y vase por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

BERNARD.

¡Pobre madre! reciba al menos este supremo consuelo. Pero y si sucede que la presencia y los abra–

zos de su hijo la retraigan de su resolucion, ¿debo vivir yo porque ella adquiera nuevo amor á la vida? ¿he de aguardar á que vuelva para poner por obra mi proyecto? Ninguna necesidad hay: consúmese el sacrificio de mi parte; luego lo consumará la infeliz *(busca el opio encima de la mesa)*. ¿Donde está este frasco? hace un momento lo he dejado aquí, encima de esta mesa *(tanteando encima la mesa)*. Y ahora no está; aquí no hay nada; el frasco ha desaparecido. ¡Ah! conozco su intento; los dos hemos concebido la misma idea; sola ha querido morir la desgraciada. ¿Como detenerla? ¿como encontrarla? ¿en donde te ocultas? *(Llamando con desesperacion.)* Mariana, Mariana!

ESCENA IX.

BERNARD. MARIANA. MARTIAL.

MARIANA *(entra precipitadamente seguida de Martial)*. Aquí estoy, Bernard; ¿qué me quieres?

BERNARD *(llevando la mano al corazon)*. ¡Ah! ya estoy tranquilo.

MARIANA *(á Martial)*. Martial, corred á buscar á mi hijo.

MARTIAL. A paso de carga, señora. *(Vase por la derecha.)*

MARIANA *(con alegría)*. ¿Has oido, Bernard? he dicho, mi hijo; le he llamado en alta voz, sin temor de que me oyeran. ¡Ah! es que desde hoy no deberá avergonzarse de tenerme por madre.

BERNARD. ¿A tí? ¿pero como llamas á Victor? ¿no acabas de dejarle? Cuando has oido mi voz ¿no venias...

MARIANA. De casa del baron de Tourville.

BERNARD. ¿Del baron de Tourville?

MARIANA. Sí; el Sr. de Bussieres que ha venido á buscarme en su nombre, me ha llevado á la casa y conducido junto al infeliz que, segun me ha dicho, iba á morir. La estancia estaba llena de gente, y entre

ellos he distinguido un sacerdote y un magistrado. El moribundo, cuyas fuerzas se habian debilitado aguardándome, descansaba pálido, inmóvil, cristalizados los ojos, hasta su respiracion parecia haberse estinguido. Cuando he penetrado en el cuarto, todas las miradas se han fijado tristemente en mí, y en medio del murmullo sordo que mi presencia ha levantado, he oido una voz decir, ya es tarde. Imposible, he esclamado yo, presintiendo que de aquel acto dependia mi justificacion: entonces abriéndome paso hasta la cabecera de la cama, he gritado confiando en la Providencia divina, Dios no puede haberme hecho abrigar tan risueña esperanza, si no habia de verla realizada: un milagro es lo que os pido, Dios mio. Y este milagro ha sido obrado: la muerte ha retrocedido al sonido de mi voz. Los ojos que se habian cerrado han vuelto á entreabrirse; el corazon que habia dejado de latir se ha reanimado, y la conciencia del culpable, de cuyo crímen he sido durante veinte años víctima espiatoria é inocente, le ha impulsado á rehabilitar mi honor delante de los hombres para presentarse sin remordimientos delante de Dios.

BERNARD. Rehabilitada! Mariana! ¿estás rehabilitada?

ESCENA X.

DICHOS. VICTOR. MARTIAL.

VICTOR (*entrando por la derecha, corriendo á abrazar á su madre*). Madre mia, madre mia!

MARTIAL. Que nos echen ahora de esta casa!... Nosotros podemos levantar muy alta la cabeza y hacer bajar los ojos á los que poco ha nos insultaban.

BERNARD (*herido de una idea*). Pero, hace un momento, estaba yo hablando con una mujer, que lloraba á mis pies Si no eras tú, Mariana, ¿quién era?

ESCENA ULTIMA.

DICHOS. EDGARDO.

EDGARDO. La condesa, general.

TODOS. La condesa!

BERNARD. ¿Y donde, donde está?

EDGARDO. Dando cuenta á Dios de aquello que nunca se hubiera atrevido á dársela á los hombres. Una casualidad me ha traido al lado de la moribunda. «Decidle al conde, ha murmurado, que el castigo que él no se hubiera atrevido á imponerme, me lo impongo yo por mi propia mano; que ya es libre, que cumpla con lo que debe á Mariana, y que por lo que á mí toca, imploro de él y de todos, dos cosas, silencio y perdon.» General, removido el último obstáculo, Victor y mi hermana aguardan para ser felices que les digais cómo se llamará su madre.

BERNARD. Antes de un mes se llamará la condesa de Saint-André.

MARIANA. Bernard!...

BERNARD. No á mis pies... en mis brazos quiero hallarte, á mi lado está tu puesto. Y ahora que la virtud ha obtenido su recompensa, evítese al crímen la infamia. Silencio respecto á lo pasado...

MARIANA. Sí, silencio y perdon.

FIN DEL DRAMA.

